

# WILSON IZQUIERDO GONZÁLEZ



## LA MARCHA DEL SHAPLINCO

*y algunos otros más*

Bienvenida a,

***La marcha del Shaplinco... y algunos otros más***  
2ª Edición 2013

*Damos nuestra cordial bienvenida a este nuevo libro del escritor cajamarquino **Wilson Izquierdo González**, que incrementa nuestra **Biblioteca virtual "Cajamarca"**.*

*Este libro, en formato pdf, que les alcanzamos a nuestros amables cibernautas es un conjunto de 14 anécdotas narradas muy amenamente por su autor, que cautivan y entretienen al lector, en la 1ª Edic. fueron acuñadas como "Anecdokumentos del Pitín", lo entendimos como un conjunto de anécdotas narradas a modo de cuentos y Pitín es el seudónimo de don Wilson asignado por su nietecita Grecia Carolina, familiarmente Kusilín.*

*Agradecemos a don Wilson Izquierdo su generosidad en alcanzarnos este libro que junto con **Al pie del Cajamarcorco** proporcionan un manojo de narraciones muy bien logradas.*

*Juan C. Paredes Azañero.  
Cajamarca, 29 de mayo de 2013*





*Wilson Izquierdo González*

# **LA MARCHA DEL SHAPLICO**

*y algunos otros más*

**Cajamarca, Perú.**

© *La marcha del Shaplinco... y algunos otros más*

© Autor: Wilson Izquierdo González

Segunda edición (informática)

Cajamarca, 2013

Email: [wilizquierdogon@gmail.com](mailto:wilizquierdogon@gmail.com)

© Carátula: Fotografía de “El Morro de Calzada visto desde Moyobamba”

De: Piero Vargas Izquierdo

Primera Edición: Tiraje 1,000 ejemplares

FIMART S.A.C.

Avenida del Río 111 – Pueblo Libre

Lima, Perú, 2006.

Qilqasqa Peru llaqtapi

Hecho e impreso en el Perú

Imprimè au Pèrou

Printed in Peru

Primera Edición: Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú  
N° 2013-2744.

## DEDICATORIA

*A mi abuelita Isolina  
que me educó cuando niño  
con la misma firmeza  
que hizo de su vida  
un ejemplo a seguir,  
y que logró en mí  
lo que siempre anheló  
que yo fuera  
el hombre sensitivo, honesto  
y leal, que creo que soy.*

***El autor.***





## SUMARIO

00.	La Marcha del Shaplinco	Pág. 011
01.	Retrospección al caramelo	Pág. 022
02.	El Ninacuro y la mujer del Zorro	Pág. 030
03.	El cazador y el puquial	Pág. 036
04.	Torocuro	Pág. 041
05.	El cazador de venados	Pág. 046
06.	Una parábola más	Pág. 053
07.	La venganza del compadre	Pág. 056
08.	La identidad de Jeremías	Pág. 066
09.	Los raganes del Chonta	Pág. 074
10.	El día que el vaso rebalsó	Pág. 080
11.	Parabely	Pág. 085
12.	El chaque	Pág. 089
13.	Sacha andrógino	Pág. 100
14.	Los gatos piros	Pág. 110



## LA MARCHA DEL SHAPLINCO

En ese tiempo, Moyobamba era una ciudad con una población no mayor de diez mil habitantes en la que, por fuerza, toda la gente se conocía, sea por algún secreto, un hábito inadecuado, una mala costumbre, uno que otro tropiezo de juventud, un chape ampayado, una canita tirada al aire o, simplemente, por los apodos y sobrenombres que acostumbraban ponerse entre sí, convenga o no.

Don Julio “Shopeco” por ejemplo, era un venerable comerciante de vivaces ojos azules y engañoso pelo y barba plateadas. A pesar de sus setenta y tantos años, solía decir con mucho convencimiento que él no era viejo, porque viejos eran sólo los caminos. Asumía, eso sí, como verdadero, que las arrugas podían mentir y las canas engañar; pero... arrastrar los pies, eso sí que era vejez. Por eso él solía andar con tanta esbeltez como la

de una vicuña, incluso cuando llovía y las calles se convertían en “cochas”.

Además de poseer un envidiable carácter para vender, tenía tres hermosas hijas que se alternaban en la atención de los clientes, en razón de lo cual, sea por la gran simpatía que dejaban trasminar al caminar o por su natural y fresca belleza que se podía casi tocar, su tienda actuaba en Moyobamba como la casa del jabonero: tarde o temprano el que no caía por allí para fiar, por lo menos resbalaba alguna vez para lo mismo.

Por ese y otros detalles que sería largo enumerar, la tienda para siempre llena de gente. Además de todos sus vecinos, eran clientes seguras las preceptoras del único “kínder”, los maestros de las cuatro escuelas primarias, los profesores del Colegio “Serafín Filomeno” y los de la Escuela Normal, del mismo modo que los empleados de la Caja de Depósitos y Consignaciones, los del Hospital de Shango, los de la Oficina del Servicio Interamericano de Salud, los de la Corte Superior de Justicia, los de la Guardia Civil y otros más. En esa época Moyobamba era una ciudad de empleados del Estado y, al parecer, sigue manteniendo esa condición hasta la fecha.

Decían que para obtener crédito en la tienda de don Julio “Shopeco” era más que suficiente con ser garantizado, personalmente, por un cliente antiguo, hecho lo cual y sin más trámites, se abría una cuenta con el nombre del nuevo cliente en una hoja también nueva de cualquiera

de los tantos cuadernos que para ese fin servían. Lo peculiar del sistema radicaba en el hecho de que era el mismo cliente el que se anotaba, de puño y letra, las cosas que allí fiaba. Pero los días de pago las hijas se apostaban con la puntualidad de un inglés, en la oficina correspondiente de la Caja de Depósitos y Consignaciones y nadie, incluso los que otorgaban carta poder para que les cobren el sueldo, se podían escapar de sanear su crédito, cancelando todos hasta el último sol que debían.

Don Julio “Shopeco” era “Don Julito” a la hora de solicitar el crédito y de llenar el cuaderno con las cuentas, y era “El Shopeco” a secas o el “Shopeco e’mierda” a la hora en que sus hijas cobradoras se aparecían por la Caja de Depósitos. Sin embargo, para los deudores, esa era una manera de lidiar con tal situación que, dígame de paso, no es el agrado de nadie: se fía en fácil pero se paga en difícil. Y, a pesar del gran letrero que proclamaba *“En esta tienda se confía sólo en Dios, todos los demás pagan al contado”*, el “Shopeco” era tan buena gente que una vez cumplido el requisito de la recomendación de un cliente antiguo, a nadie que se conociera le había negado crédito. Por ese y otros detalles, muchos de esos clientes encontraban que era más apropiado referirse a él como “Shpequito”, por el gran aprecio del que era digno.

Los fines de mes los profesores, una vez habida la cuenta en cero, se iban a la tienda a echarse una “media” por cabeza, de algún macerado. Etran por demás

populares los “*cerezachados*” y los “*uvachados*” que él mismo preparaba en unos botellones que inicialmente los utilizara para mostrar caramelos. Para efectos de atención de esos clientes, en la trastienda tenía un patio más o menos grande, con una parra de uva de los tiempos del Obispo Martínez de Compañón cuyas ramas y el follaje completo, se encontraban primorosamente manejados a modo de techo para el sol.

Allí se podían tomar las copitas de festejo del día de pagos y devorarse más de una portola en salsa de tomate, con su ají mishquiucho, su yuca pango o su inguirito, y si se había tomado posesión del lugar temprano, se podía calmar al aperitivado estómago con algunos “juanes parados” de gallina que se adquirían en menos que canta un gallo y con descuento especial, del “Primo del Águila”, que tenía en el negocio de vender juanes o menos de cuarenta años.

Como en Moyobamba y no sé en cuantos pueblos más, por costumbre, el día de pagos no sólo para el magisterio, era un día no laborable, después de la segunda “media” aparecía por ahí un cacho, una baraja de naipes o un adobe para jugar a los tejos. Y la fiesta se prolongaba muchas veces hasta la madrugada. A esa hora los dignos profesores, en la creencia de que nadie los estaba viendo o escuchando, salían a la calle a hacer adefesios y hasta apuestas insólitas.

Una de esas tantas madrugadas don Germán Tejero, un profesor ligeramente gordiflón y con una cara bonachona

adornada con esas cejas canosas e hirsutas, típicas de las personas de la tercera edad y a los que despectivamente se les llama “viejos”, pero; eso sí, muy conocido como exigente profesor de primaria además de virtuosos ejecutante de la concertina, ganó una apuesta increíble haciendo en la calle una ininterrumpida raya mojada con sus orines, desde la esquina del la tienda de don Julio “Shopeco” hasta la botica “Oriental”, que quedaba en la otra esquina caminando como quien se va de Shango hacia el barrio de Lullucucha.

Según decían, hubiera sido capaz de irse mea y mea hasta el barrando que quedaba frente a la casa de don Pancho Escalante, a una cuadra más de donde acabó la exigencia de la apuesta. Lo malo de tal aventura fue que, desde las cuatro de la madrugada de ese mismo día, hora a partir de la cual la gente acostumbraba hacer su mercado, don Germán Tejero pasó a llamarse simplemente Germán “Ishpatero”.

Contra todos los pronósticos a don Germán no le hizo mella tal apodo ya que siguió como era su costumbre, dando serenatas a todas las buenas mozas del pueblo con su concertina, siguió tomando sus “medias” de “uvachado” en la tienda de don Julio “Shopeco” y para remachar con broche de oro esas inusuales proezas, ganó una nueva, singular y más increíble apuesta: pedorrear sin parar desde las esquina acostumbrada de don Julio “Shopeco” hasta la tienda de maní confitado y chicha dulce de jora de las señoritas Noriega (hermanas

del “Teacher Asmateco” del colegio “Serafín Filomeno”) a una cuadra de la plaza de armas, en donde, finalmente, dicen que paró el redoble del modo más natural en él: con una bombardita más estruendosa y potente que todas las anteriores.

Eso le valió el nuevo sobrenombre de Germán “Supitero” que, para su buena suerte, no surtió ningún efecto porque, según la costumbre moyobambina, más de dos apodos de corte similar no podían encajar bien en una misma persona, más aún, tratándose de un “Ishpatero” oleado y sacramentado como don Germán Tejero.

Don Germán “Ishpatero” era, por decir lo menos, un personaje por demás controvertido, increíble e insólito. Según el buen decir de “El Tigrillo”, pintor de singular maestría de todas las ensoñaciones de esa parte de la Selva y, uno de los ex alumnos que conserva con mayor fidelidad los más vívidos recuerdos y las más inverosímiles anécdotas de su singular personalidad, una tarde que lo vio orinándose debajo de un árbol de taperibal, se acercó sigilosamente hacia él y con los candores propios de sus siete años de edad le preguntó:

– Oiga don Germán podría aclararme ¿por qué algunos de los maestros le dicen “Supitero” en tanto el resto de la gente le dice a usted “Ishpatero”?

Sin inmutarse ni interrumpir lo que venía haciendo: mear; pero con el sentido de la ocurrencia que sólo podía darse



en él, a manera de contestación, comenzó a expulsar los gases que, al parecer, siempre los tenía en forma inusualmente abundante en su intestino grueso, semejando una y otra vez el canto de un gallo. Ante tal fenomenal demostración de poder manejar, al parecer a su antojo, los gases del interior de su organismo, “El Tigrillo” atónito y mudo de consternación sólo atinó a balbucir entre diente:

– ¡Puchadiego don Germán creo que usted tiene otra cipucha dentro de su panza!

Ante esa prueba inusitada de admiración del niño don Germán, que de tonto no tenía un pelo y antes por el contrario, tenía fama de ser muy agudo y suspicaz, le dijo con la filosofía que le era muy suya:

– Deja de preguntar cosas para las que ya tienes respuesta Hildebrandillo Chico. Mejor ven a orinar y pedorrear a mi lado, porque has de saber muchacho que un hombre que orina y no pee, es como un niño que escribe y no lee.

Pero eso no es todo. “El Tigrillo” cuenta que cuando don Germán llegó a ser su profesor en quinto año de primaria, una vez concluidas las clases de la mañana, a todos sus treinta y siete alumnos los hacía marchar en el patio de recreo, no menos de una jora, preparándose para el desfile del veintiocho de julio, al ritmo y compás del “Shaplinco”.

Muchos años tardó “El Tigrillo” en comprender que la letra y música del “Shaplinco” no era otra cosa que una adaptación de la popular canción que comienza con la frase musical *“Mambrú se fue a la guerra...”*, sólo que en el caso del “Shaplinco” don Germán Tejero solía interpretarlo con las adoloridas notas de su inseparable y popular “cipucha” o su concertina, que más que nada, era su inseparable compañera de “serenateadas”.

El dicho “bueno es culantro pero no tanto”, en este caso, cae tan a pelo que es bueno enterarse de todas las ocurrencias que se aderezaron en su derredor. Cansados los alumnos de tanto marchar, precisamente después de las doce de la mañana y con el estómago reclamando a gritos el almuerzo, acordaron vengarse del virtuoso ejecutante de la cipucha.

Resulta que por esos tiempos no se había inventado todavía en las escuelas la moda del horario corrido, ni mucho menos la mentecatada esa de la hora pedagógica, que siendo hora, tiene la particularidad de tener cuarenta y cinco minutos solamente. Tampoco había en las mamás la costumbre de acomodar en la mochila de sus hijos ningún tipo de refrigerio porque, sencillamente, los muchachos de ese tiempo en lugar de usar mochila usaban una bolsa a la que llamaban “capachera” y en la que cabían sólo los cuadernos, un borrador, un lápiz y un lapicero.

En cumplimiento del acuerdo en el último recreo del sábado, porque también se estudiaba los sábados hasta

medio día, todos sin excepción decidieron que tomarían el día siguiente, o sea el domingo a eso de las once de la noche, un buena dosis de leche de oje. Demás está aclarar que todos cumplieron lo pactado, con la diferencia natural de hacerlo con unos minutos de adelanto o unos tantos otros de retraso. Los relojes de muñeca no eran muy comunes, eran a cuerda, tenían que ser suizos y por lo menos enchapados en oro. A los pocos que los poseían les había costado no menos de medio sueldo o el equivalente a la venta de un chanchito bien gordo.

Por su parte, la leche de oje se usaba con mucha frecuencia, como purgante para limpiar los intestinos de todos los bichos habidos y por haber. Normalmente surtía sus efectos a las doce horas de haberse ingerido y, su eficacia era, por decir lo menos, absoluta. Toda la mañana de ese lunes durante la clase, don Germán estuvo escuchando una serie de ruidos estomacales por casi todas las carpetas por donde pasaba y, a los alumnos, preocupados por algo que no pudo saber, lamentablemente, hasta la hora de hacerles marchar el “Shaplinco”.

A las doce de la mañana como de costumbre, don Germán salió cobla cipucha bajo el sobaco para hacer que sus alumnos ensayen, una vez más, la consabida “marcha del Shaplinco”. Los alumnos a esa hora y sin distinguos de ninguna índole, comenzar a ajustar sus esfínteres con la esperanza de aguantar por lo menos

unos cinco minutos más, la salida casi incontenible ya, de los flujos intestinales y de todo lo que suelen estar acompañados.

Cuando la cipucha comenzó a emitir las notas de:

“Shaplinco” fue a la guerra  
Ay qué dolor, qué dolor, qué pena  
“Shaplinco” fue a la guerra  
no sé cuando vendrá...  
tra la lá, tra la lá,  
no sé cuando vendrá.

A la voz de “un, dos, un, dos, un...” de don Germán, nadie pudo levantar su pierna izquierda más de dos veces. Primero las piernas, luego los pingullos, los zapatos y el piso, comenzaron a cubrirse de los flujos que hace arrojar la leche de oje por ese que orificio que tenemos en el lugar que, también, todos sabemos dónde está. Los treinta y siete alumnos después de ocurrido el primer percance, se quedaron más quietos que en el juego de “la estatua”, pero el olor comenzó a realizar el trabajo de comunicación que es de comprenderse.

Don Germán “Ishpatero” una vez verificado el jugoso y por demás oloroso acontecimiento, sin comprender ni jota sobre las verdaderas causas de lo ocurrido, pero con la seguridad de que había sido objeto de una gran pendejada por parte de sus alumnos, sólo atinó a proferir este escupitajo para sus adentros:

– Jijuna valienta putas de muchachos, esta vez sí me la hicieron –para luego proferir esta orden– ¡Se suspende el “Shaplinco” por una semana!

El lunes siguiente la cipucha de don Germán otra vez comenzó a marcar el compás, el ritmo y la melodía del “Shaplinco” en el patio de recreo. Sabía perfectamente que leche de oje sólo se puede tomar una vez al año y, él, Germán “Ishpatero” había apostado que ese año, también, tenían que ganar el gallardete premilitar.

Y, ¡así fue!... Así está registrado el hecho en la memoria casi fotográfica del “El Trigrillo”. Algún día, podría ser, que también lo registre en un lienzo. Sin embargo, lo que no le gusta hasta ahora es que, a ese “grupo de alumnos de la leche de oje”, no se sabe si con sorna o con nostalgia, les llamen “la Promoción de los Quichateros”.

Tampoco se sabe por qué el nombre de “Mambrú” se cambió por el de “Shaplinco”, aun cuando, hay algunos saca historiadores que dicen que, presumiblemente lo de “Shaplinco” se deba a que, por aquellos tiempos el gringo Bravovich habría estado pasando en su cine al aire libre de la plaza de armas, las películas mudas de Charles Chaplin.

## RETROSPECCIÓN AL CAMELO

Serían las seis y media de la mañana, cuando el crujir de las bisagras del viejo baúl de cuero donde mi abuela guardaba, entre otras cosas, la plata para pagar a los peones, me arrancó de los vericuetos tortuosos del sueño. No podría decir que ese despertar me produjera algún fastidio, como suele ocurrir cuando se tiene que abandonar el lecho a tempranas horas del día porque, simplemente, abrí los ojos y la curiosidad por averiguar lo que estaba pasando me inundó de una feliz lucidez.

Siempre había sabido que en ese baúl mi abuela guardaba las cosas de valor de la casa. A veces estaba cerrado con candado pero, por lo general no tenía más seguridad que la honradez familiar. Allí en La Ochora ¿Quién le iba a robar un real a doña Ishuca? ¡Nadie! Que yo sepa, hasta esa mañana no había nacido todavía el impávido capaz de pensarlo siquiera.

Después de varios ruidos dentro del baúl que no pude identificar con qué eran producidos, mi abuela encontró la media de lana donde solía guardar la plata y de la que, después de desatar el nudo ayudándose con sus dientes, escurrió sobre su mano izquierda un porción de monedas.

Después de revolverlas con su mano derecha, escogió de ellas las necesarias para pagar a los dos peones que durante toda la semana, habían estado tirapeando el porotal, luego; volvió a anudar la media y la guardó en el rincón del baúl donde antes estuvo para, finalmente, sin mirarme ni siquiera un instante, cerrarlo de golpe y salir del dormitorio.

Sin pensarlo dos veces, porque si lo habría pensado siquiera una no lo habría hecho jamás, busqué la media del tesoro y de allí saqué una peseta, un real y un medio. Treinta y cinco centavos en total. Por esa época recibir la propina de un medio –o sea cinco centavos–, que equivalía también a dos “gordos” y un “chico”, que daba lo mismo, era todo un acontecimiento para un niño como yo, pues con ello se podía comprar un montón de cosas. A mí, algunos domingos, me llegaron a dar hasta una peseta de propina. Eso ocurría las veces en que mi tío, el Sanitario de la Posta Médica del pueblo, los sábados por la noche –que a partir de John Travolta, mucho después, se hicieron “de fiebre”– se daba una buena farra y había que limpiar sus zapatos, lustrarlos al espejo y luego, antes de que se levante de su cama, tenerle preparada

una gran jarra de jugo de naranjas, según decía mi abuela, para apagar sus calderos.

Si de mí hubiera dependido, habría mandado de farra a mi tío todos los sábados para que se tirara una buena bomba, pero; mi abuela que desde los cuarenta años se quedó viuda y por esa circunstancia se convirtió en padre y madre de sus ocho hijos, no permitía que ninguno de ellos comenzara a deambular por el mal camino y, muchas de las veces, se veía obligada a enderezar los entuertos con un pedazo de rienda deshilachada en uno de sus extremos, que siempre tenía a la mano, colgada de un viejo clavo en la pared de la cocina.

Pero ese domingo que me embolsiqué los tres reales y medio, a pesar de que mi tío —el Sanitario de la Posta Médica— no se jaraneó, estaba seguro de que me iba a faltar el tiempo para gastarme toda esa plata. Con las moneditas tintineando en mi bolsillo, me imaginaba comprándole sus alfeñique a la ma'Paula, sus ciruelas del país a doña Llico, su chicha dulce a doña Baldramina, su maní tostado a doña Petilla y una buena caña regencia a don Desposorio. Como todas esas cosas se vendían por centavos, mis cálculos me decían que todo eso no pasaría de un real, por lo que tendría todavía un vuelto de dos reales y un medio para seguir en la “gastandera”.

Si en ese momento me habría dicho para qué necesitaba dinero, si ya habíamos tomado un desayuno con fricasé



encebollado de carne de choncho, yucas pango sancochadas, café pasadito en esenciera, plátanos asados a discreción y, de yapa, tortillas de manteca, es decir, en la situación en la que una persona ya tiene la barriga reventando de llena, simplemente les habría contestado: *para gastar*. Sin embargo al constatar que, a pesar de los grandes esfuerzos de imaginación para gastar los tres reales y medio, me sobraba todavía mucha plata, pensé que la mejor idea sería invitarle al festín a mi cólera Sergio Torres Escalante, que en realidad era mi tío pero que, como era de mi misma edad, tal parentesco no tenía mayor implicancia en el trato que aquel que se regía por la gran amistad y camaradería que ambos nos profesábamos.

Como era una norma ya establecida en la casa de mi abuela, tuve que cumplir todas mis obligaciones antes de salir a la calle. Libre de ellas por fin, pude ir a buscar a Sergio a eso de las once. Ese domingo en particular, había partido de fútbol y cuando eso ocurría en La Ochora, desde mucho antes del medio día, las vendedoras de butifarras, golosinas y muchas otras cosas de comer, se instalaban a un costado de la cancha de fútbol con sus toldos que levantaban como carpas, con sus frazadas descoloridas por el tiempo o sus sábanas de tocuyo que hace mucho habían dejado de ser blancas.

Sergio como si hubiera presagiado mi llegada, me estaba esperando con su camisa blanca y su pantalón de dril,

domingueros, y como acostumbraba siempre, con su peinado raya al costado de diario. Camino a la cancha de fútbol donde tenía pensado gastarme la plata con él, de pura casualidad nos encontramos con Remigio Sandoval, algo mayor que nosotros pero con quien podíamos juntarnos sin que se produzcan crisis generacionales. Más de compromiso que de ganas, le participé lo que nos proponíamos hacer, ante lo cual, después de incluirse en el grupo, sacó de uno de los bolsillos de su camisa, como si se tratara de una joya de especialísimo valor, una cajetilla de cigarros marca Phillips Morris.

El resto sucedió a la sombra de un árbol de palillo, detrás del pencial que servía de lindero a la casa de don Ubaldo López...

Pronto todos estuvimos haciendo golpes, sacando humo por la nariz, tratando de hacer redonditos con el humo y chupando el cigarro como verdaderos murciélagos, hasta que Sergio comenzó a volverse pálido, a sudar frío y a decir que le dolía la barriga como si tuviera ganas de churrir estando con diarrea. Luego, sin otros síntomas adicionales que pudiéramos observar, arrancó a hacer “vuec, vuec” como la vez que le dio salmonelosis. No sé si porque le ayude a sostener su frente o por el olorcito del “vuec, vuec”, a mí me ocurrió lo mismo pero sin la suerte tener a alguien que me sostenga la frente. El único que seguía ileso era el Remigio, pero no le duró

mucho... Estando en ese trance todo a nuestro alrededor comenzó a girar y a dar vueltas sin fin... ¡era la muerte!

Recuperé el conocimiento cuando vi que mi abuela descolgaba de la pared de la cocina, el famoso pedazo de rienda deshilachada, al que toda la familia le conocía con el afectuoso nombre de “El Caramelo”. La visión de tal elemento fue suficiente para que se suspendan, definitivamente, todas las arcadas con las que mi estómago literalmente se exprimía, para arrojar el humo del cigarro que supongo se habría pegado a sus paredes después de los “golpes” que hicimos.

A pesar de mis gritos, pataleos, amenazas, corcoveos, relinchos resoplidos, súplicas de misericordia y promesas de real y sincera enmienda, la pena capital no pudo condonarse.

– Vean pues a este ratón adefesiero, no termina ni la primaria todavía y ya queriendo hacer las cosas que hacen los mayores –comenzó a sermonearme mi abuela, con una serenidad increíble para ese tipo de acontecimientos–. Pero, hoy vas a saber lo que les sucede a los cholos grajientos como tú. ¡Hoy mismo te voy a enseñar a fumar por el totorrete!...

Y empezaron a caerme los riendazos por donde mi abuela encontraba que era posible. Yo, para variar, por cada pencazo que recibía saltaba como mono, me tiraba al suelo, me revolcaba y hacía otros tantos amagos y

fintas que, en una de esas, se cayeron de mi bolsillo la peseta, el real y el medio que había sacado esa madrugada del baúl de mi abuela y que, por fumar, no había llegado a gastar ni un triste céntimo. Con “El caramelo” paseándose por mi nariz como un péndulo y recordándome con su vaivén cuán efectivo era, como “método científico” parecido al que usaba la PIP, para hacer declarar como propias hasta las culpas ajenas, pues...

– ¡Ajá...! con que además de fumón se está volviendo raterito este caballero ¿no?, pues... ahora mismo “El caramelo” le va a quitar de raíz todas esas mañoserías –dijo mi abuela, esta vez sí enojada de verdad y con la convicción de quién sabe a ciencia cierta que sólo hay una forma de enderezar a un árbol que se está torciendo–.

Sobre la propiedad de producir efectos de tipo inhibitorio del “caramelo”, no me cabe ninguna duda. Hasta la fecha con mis más de sesenta años a cuestas, cuando fumo me dan náuseas y el sólo hecho de pensar en apropiarme de algo que no pertenece, me produce tal malestar de estómago que, para poder conservar mi salud en buen estado, prefiero no fumar ni pensar en “mañoserías”... Y eso que mi abuela jamás escuchó, ni siquiera en pelea de los perros, alguna mención de los famosos descubrimientos que hiciera el ruso Iván Pavlov, ni mucho menos algo de los experimentos realizados con palomas y ratones de ese otro señor, al que por algo su

padre puso por nombre Bhurrus Frederick Skinner, y que terminó formulando las teorías de la inhibición y de la extinción de conductas inadecuadas, que caen en este caso como anillo al dedo...

## **“EL NINACURO y LA MUJER del ZORRO”**

Hace mucho tiempo cuando, ni siquiera se sospechaba que las paltas podrían fructificar en el Valle de Cajamarca y cuando, las mejillas y los dorsos de las manos se pispaban y las tarjas había que remojarlas por lo menos una hora para poder desprenderlas, los hombres y las mujeres no dominaban el fuego, es decir, la candela.

Comían sus alimentos crudos y dormían cubriéndose con muchos pullos, por el frío que les calaba hasta los huesos. Incluso dentro de las casas, hasta los días eran muy oscuros y fríos, porque todas las casas carecían de ventanas o tragaluces y las noches eran de tinieblas completas.

Pero había un hombre llamado Ninacuro, que en las noches resplandecía intermitentemente como una estrella y durante el día viajaba de un lugar a otro echando chispas y despidiendo calor, sin que nadie lo pudiera detener.

Un día en que Ninacuro paseaba por las orillas del río Chonta, quedó tan embobalado de la belleza de una mujer que shactaba su ropa sobre unas piedras y que cantaba con una voz melodiosa, que se quedó tan embrujado de ella que ni siquiera pudo moverse de allí hasta que la mujer terminó de lavar.

Luego de pensarlo, repensarlo y después de muchas indecisiones, a Ninacuro se le ocurrió la feliz idea de casarse con tan hermosa criatura. Con ese fin, se le acercó en forma sigilosa y lo más romántica y dulcemente que pudo, le dijo:

– ¡Mujer, cástate conmigo!

La mujer, sorprendida y ofuscada ante tan abrupta declaración de amor le respondió:

– ¡Estás loco y... qué atrevido eres! ¿No sabes, acaso, que yo soy la mujer del Zorro?

Pero Ninacuro, haciendo oídos sordos a lo que no le convenía, siguió insistiendo en su propuesta. La mujer, entonces, más calmada y con aire de comprensión le dijo para desanimarlo:

– Mi marido es muy honesto, honrado y trabajador. ¿Cómo podría dejarlo? Yo, consciente de eso, todos los días, antes de que se vaya a la chacra, me levanto a las cuatro de la madrugada para prepararle su almuerzo de una gallina entera, ya que el pobrecito trabaja tan duro que, recién al ocultarse el sol regresa a la casa para descansar. De repente, tendría algún motivo para dejarlo,

si llegara a saber que me engaña. Pero... ¡eso es imposible! –dijo finalmente la mujer con profundo convencimiento de lo que decía–.

Ante tal respuesta, Ninacuro se quedó muy triste y desconsolado, pero; dudando que el Zorro fuese tan trabajador como su mujer creía, al día siguiente se levantó de su cama muy temprano y, escondiéndose detrás de unos matorrales que habían al costado de la casa del Zorro, se puso a aguaitarlo y a esperar que éste saliera.

De repente, cuando una vez más miró hacia la puerta, vio que el Zorro, alforja al hombro y todo campante, salía de su casa para dirigirse a la chacra, internándose hasta desaparecer en ella. Ninacuro lo siguió y estuvo buscándolo en todos los recovecos posibles, hasta que lo encontró panzalla en un claro de la misma, echado sobre las hierbas, durmiendo después de haberse comido la gallina con huesos y todo. Luego vio como, en la tarde, regresaba a su casa “muy cansado”, como si hubiera trabajado hasta romperse el lomo.

– Ahora sí que se fregó conmigo ese Zorro deshonesto y farsante –dijo Ninacuro– mañana mismo le cuento todo a su mujer. Cuando descubra la verdad, estoy seguro que aceptará casarse conmigo.

Y... así lo hizo. La mujer al principio, todo incrédula, no quiso aceptar la verdad de los hechos y con mucha confianza de sí misma, le dijo:

– ¡Mientes, Ninacuro desgraciado, porque no hay en este mundo hombre más trabajador que mi Zorro! Seguro



que la candela que resplandece en tu rabo se ha subido a tu mocha.

Ante esto, Ninacuro con la seguridad que da el saberse propietario de la verdad, le contestó serenamente:

– Mujer, si te demuestro que tu Zorro es una gran ocioso y encima mentiroso, ¿te casarás finalmente conmigo?

Ante esta nueva proposición y, todavía, segurísima de lo que creía de su Zorro la mujer le respondió muy oronda:

– ¡Claro!, pero mi Zorro, sé que es muy trabajador y nadie me va a convencer de lo contrario ni me va a demostrar que eso sea mentira.

Al día siguiente, esperaron a que el Zorro se fuera a la chacra con su merienda al hombro, como de costumbre y, sin que los viera, lo siguieron hasta que, otra vez lo encontraron en el mismo claro de la chacra, echado sobre su panza en la hierba y durmiendo como un lirón. Al comprobar tan penosa verdad, la mujer sólo atinó a renegar entre dientes:

– Este mi Zorro sí que resultó una ficha sin valor. Hombre más ocioso, deshonesto y mentiroso no creo que haya sobre la tierra. Yo madrugando y trabajando como burra para cocinarle su merienda todos los días y míreste... ¡cómo me paga!

Ninacuro, entonces, aprovechó la ocasión de la mejor manera que pudo, es decir, reclamó casi exigiendo, el cumplimiento de lo que la mujer se había comprometido con él:

– Y ahora, mujer, ¿te casas conmigo? —le dijo, a lo que ella sin dudarle un instante le respondió—:

– De juro, pero antes, ¡sancóchalo y quévalo hasta volverlo carbón y ceniza! ¿Para qué diablos me sirve un marido de esa laya?

Entonces, bien mandado y mejor motivado, Ninacuro comenzó a despedir calor más que de costumbre, se puso primero de color amarillo rojizo y cuando estuvo al rojo vivo, rodeó al zorro y giró repetidamente en su derredor hasta convertirlo primero en chicharrón, luego en tizón y finalmente en ceniza. En un santiamén, del Zorro sólo quedó en el ambiente, el olor característico a pelo chamuscado.

La mujer cumplió su promesa, se casó con Ninacuro y fueron felices. Pero un día, preocupada al ver que su marido se puso rojo mientras dormía echado sobre una piedra y, sobre todo, pensando que había enfermado y tenía fiebre muy alta se puso a decir para sus adentros:

– Y ahora... ¿cómo ya pué le bajo la fiebre a mi Candelasha? —hasta que se le ocurrió esta idea— ¡Ah, ya sé... le echaré agua!

Dicho esto entró a su casa y, después de coger un gran balde que allí tenía, se fue al río y recogió de allí lo necesario. Luego se acercó a Ninacuro y, ¡zuá! derramó en su encima toda el agua que trajo en el balde.

No se sabe si por el susto o... por sabe Dios qué sortilegio del destino, de Ninacuro salieron un montón de chispas igualitas a esas que saltan cuando el rayo cae sobre un árbol. Muchas de esas chispas cayeron sobre la piedra en que descansaba Ninacuro y que ahora sabemos que se llamaba “Ninarume”, formándose un gran fogón.

Desde ese día, gracias a esta ocurrencia de la mujer, los peruanos tenemos candela para cocinar y para abrigarnos del frío. La pareja, se supo después, se fue a vivir en una cueva que hay cerca de Llacanora, lejos del río y de las miradas curiosas de la gente, que hasta ahora no comprenden ni imaginan, cómo es que a esa mujer no se quema la “cosita”, ni la espalda ni nada durmiendo como dormía con el Ninacuro, es decir con un hombre que lo tiene todo de candela.

Dicen las malas lenguas —y como la mía no es tan buena— que cuando hacía el uno, desinfectaba con orines hirvientes metro y medio a su alrededor, y que cuando hacía el dos, la gente se alegraba, porque de ahí a un tiempo, tenía briquetas de carbón.

## EL CAZADOR Y EL PUQUIAL

En una de las tantas estribaciones de la Cordillera de los Andes, se halla ubicado el pueblo de Rumicucho. Por uno sus costados serpentea el río Pucayacu, casi siempre de color rojo por los sedimentos colorados, que arrastra en su camino al mar, desde los cerros y laderas de la parte alta. Los terrenos del valle se enriquecen con ese limo en cada creciente del río, razón por la cual, en vez de agotarse, cada vez se vuelven tanto, o más fecundos que el año anterior.

Como en todos los pueblos de la Sierra, Rumicucho tiene una estación lluviosa que comienza en octubre y termina en abril y, otra de estío el resto del año. En la estación de las lluvias, todos los cerros que se levantan enhiestos a ambos lados del pueblo, se tiñen primero de verde y luego de mil colores, para después volverse amarillos y pardos, conforme la lluvia se va raleando y el clima se va volviendo cada vez más seco.

En la época de los verdes intensos pero de muchas tonalidades, los venados bajan de las jalquillas a regodearse con los jugosos brinzales que durante las humedades del invierno nacen, para retornar a sus querencias brillando de gordos, conforme los amarillos cambian paulatinamente a marrones. Las aguas de los puquiales, y la de los manantiales y quebradas que nacen de ellos, también realizan similar éxodo. Abundantes y turbias en la época de lluvias, se tornan escasas, pero cristalinas, durante el estío y, a veces, sólo se las puede encontrar en contados lugares que sólo son conocidos por los venados y... por sus cazadores.

Por esta singular circunstancia en Rumicucho vivía, un taimado cazador de venados. Todos los años con su carabina calibre 22, mandaba a feliz vida a no menos de setenta de estos apetecidos rumiantes, sin importarle que sean machos, hembras o preñadas. A la vuelta de siete años, por esa su mala costumbre, los venados comenzaron a escasear y algunos de cían que, definitivamente habían desaparecido de esa faz de la tierra. Sin embargo, como conocía todos los puquiales a donde iban a dar para saciar su sed, bien entrada la tarde, él los aguaitaba y... ¡pummm! cazaba uno y volvía con el pobre animal medio envuelto a su cuello como si fuera una chalina, renegando porque al menor descuido se le resbalaban y caían al suelo, como si estuvieran llenos de ese material que usan los cirujanos estéticos

para completarles los senos y las caderas a algunas mujeres.

Don Ernesto López Chiclote, director de la escuela de Rumicucho, ante tan lamentable actitud del Melquiades: —que así se llamaba este cazador de venados— la de cazar venados en forma depredatoria, siempre que podía le aconsejaba que se tenía que utilizar los recursos naturales en forma sostenible.

Cuando socarronamente el Melquiades le interrumpía para preguntarle qué significaba eso, don Ernesto le explicaba que aquello consistía en la necesidad de pensar que, las generaciones del futuro sólo nos habían prestado los actuales recursos y que se tendría que devolverles sin o aumentados, por lo menos conservados en la misma cantidad y calidad, a fin de que ellos también puedan tener, por ejemplo en el caso de los venados, el mismo derecho que tenemos ahora nosotros de poder cazarlos y comerlos. Lo triste era que el Melquiades, como a mucha gente de ahora, esas cosas le entraban por una oreja y le salían por la otra.

Cuando, hasta para el mismo Melqui ya no hubieron venados, se le ocurrió salir a buscarlos en donde estuvieran, porque según él, tenían que estar en algún lado. Limpió y aceitó su carabina y después de embolsicarse unas diez balas venaderas, marchó rumbo a las partes altas de la cordillera sin llevar agua ni provisiones, confiando en que siempre encontraría un

puquio para saciar su sed y alguna fruta silvestre para matar el hambre. Pero, para su mala suerte, ese día no encontró ni un venado, ni un puquial, ni nada para comer, a pesar de que caminó y caminó como un descocado.

Cuando la oscuridad de la noche comenzó a cerrarse, entre claro y oscuro, terco como siempre había sido, el Melqui hizo su último intento. Dio la vuelta a una colina y se adentró en una cañada donde sabía que siempre había un puquio y donde los venados seguramente irían a beber en la noche. Pero, al parecer por la oscuridad, el cansancio, la sed y el hambre, se perdió como un niño y no supo, finalmente, por donde andaba.

Hasta que llegó a un puquial de cristalinas aguas. Allí sació su sed, se lavó la cara y se remojó la cabeza. A esa hora, ya todo estaba oscuro y casi no se podía ver a un metro de distancia. Sin embargo, considerándose amplio conocedor de esos predios y tratando de darse valor se dijo para sí que, aunque sea de memoria o arrastrándose, regresaría a su casa, pero; como no era un fulano de buenos sentimientos, en su deseo mezquino de jugar una broma pesada a algún otro cazador o caminante, antes de iniciar su retorno se meó y se zurró en el puquio.

Más cansado que nunca y después de deambular, por muchas horas sin rumbo conocido, nuevamente llegó hasta un puquial. Como la sed otra vez había convertido a su garganta en suela, ayudándose con el cuenco de

sus manos tomó agua hasta casi reventar, diciéndose que por lo menos de sed no moriría. Luego, tratando de sonreír para no ponerle mala cara a la adversidad, buscó un pullo de hierbas y allí se echó a dormir como un lirón.

Tan pronto como amaneció y con la claridad del nuevo día, reconoció el lugar y se orientó para volver a su casa. Sólo para lavarse la cara y mojarse la cabeza como era su costumbre, además de cerciorarse no sabía de qué, se acercó al puquial. Pero grande y triste fue su sorpresa al comprobar que, el puquio del que había tomado tanta agua la noche anterior, era el mismo en el que él, para variar, se había meado y zurrado... los “marineros” todavía se hallaban flotando por allí, como mudos testigos de su irrespetuosa y aberrante actitud frente a la madre naturaleza.



## TOROCURO

Un día de los tantos en que el SENAMHI suele equivocarse al pronosticar el tiempo, Torocuro salió en busca de alimento. Desde hacía varias semanas vivía en un agujero que, con su cacho frontal y sus pantas dentadas, había hecho a la sombra de unas pencas. El último trozo de bosta que tenía almacenado, se había acabado en el desayuno del día anterior y desde entonces no había comido nada. Lo que se llama ¡nada! Con su barriga tronando como aguacero de la madrugada del Viernes Santo, cada vez más ruidosamente, para sus adentros se dijo:

— Qué suerte la de algunos niños. En tanto yo no tengo ni un mendrugo de bosta para saciar esta hambre que me está matando, ellos tienen comida en abundancia y madres que les obligan —hasta con correa en mano— a comer esos deliciosos manjares y, mientras los pobres lloramos por comer, ellos lloran por no

comer... ¡Qué paradojas tiene la vida! En fin... que se va a hacer, así es la vida. Habrá que buscar comida no más.

Dicho esto, con descansado paso, comenzó a recorrer un viejo camino, por donde el agua de lluvia al discurrir libremente, había formado muchas cárcavas que, a simple vista para él, parecían no tener fondo. Allí otras veces había encontrado succulentos trozos de bosta o excremento de caballo, que llevaba en bolas haciéndolas rodar, hasta el agujero que tenía por casa.

Pero; ahora, ¿qué pasaría? No había nada. Sobre ese desencanto, de tanto subir y bajar las cárcavas del camino, Torocuro sentía cómo sus fuerzas comenzaban a abandonarle. Una vez más pudo comprobar con dolor, lo terrible que es trabajar de hambre. Cuando por fin llegó a una cárcava que parecía una barranca pensó que sería mejor alzar el vuelo y pasarla, raudo y veloz cómo siempre lo había hecho. Pero, débil y hambriento como estaba ahora, tuvo que aceptar que sus fuerzas no serían suficientes para tamaña proeza. Sin embargo, a pesar de todo, intentó volar pero, al hacerlo cayó de espaldas sobre sus dos alitas córneas en el borde de la cárcava y allí se quedó, indefenso, con sus patitas de serrucho para arriba, esperando que algún otro animal lo convierta en su almuerzo, porque los torocuros cuando se caen de espaldas, allí se quedan sin poder voltearse y mueren... irremediablemente.

— Ahora sí —se decía para sí mismo— vendrá un sapo y con su lengua pegajosa me introducirá hasta su boca y ¡saz!... me tragará. Puede ser también una culebra quien me coma. O quizás un huanchaco, un zorzal o un tuco, pero; ¡creo que de esta no me salvo! Muy bien sé que ningún torocuro que caiga de espaldas, vive para contarlo.

Para su suerte, el SENAMHI se equivocó al predecir que habría sol todo ese día, porque hubo sol solamente hasta las once de la mañana. Por la tarde comenzó a llover y un tenue aguacero —que más parecía una garúa un poco fuerte— cayó suavemente sobre el camino toda la noche. Si el sol no lo había matado esa mañana, muy pronto el gua lo ahogaría. Casi al medio día siguiente, es escuchó que un niño recorría el camino cantando este carnavalito cajamarquino:

*No quisiera ser venado  
Pa' no morir amarrado*

Ya iba a pasar, distraído como estaba, pero al mirar las zarzas en flor y a los quindes haciendo zuzur con sus alitas de helicóptero, el brillo del caparazón de Torocuro le llamó la atención. Por un rato lo observó perplejo y sin saber qué hacer. Luego, con mucho cuidado, lo recogió del suelo y con sus finos deditos, lo dejó otra vez de pie, debajo de un frondoso capulí. Luego, contento consigo mismo por la satisfacción de haber hecho una buena

acción, el niño se perdió por el camino cantando su carnavalito, con su vocecita cantarina de duende:

*San Pedro tuvo una china  
San Sebastián le quitó  
Si los santos quitan chinas  
Que de menos seré yo*

A pesar de su gran alegría por haberse salvado de una muerte segura, Torocuro no pudo orientarse para regresar al agujero que tenía por casa. Anduvo alrededor del capulí y allí encontró bastantes frutos con los que sació su terrible hambre y, una vez recuperadas sus fuerzas, hizo otro agujero cerca de su árbol bienhechor y allí juntó bastante comida. De seguir así las cosas ya no moriría de hambre jamás. Pero, esa tarde, varios hombres que olían a chicha de jora cortaron el capulí y se lo llevaron... sabe Dios a dónde. Torocuro llegó a escuchar sin comprender, lo que esos hombres decían:

— Oye Fermín, este capulí está buenazo para nuestra unsha. Córtalo rápido y vamos, antes de que su dueño nos eche los perros y nos quiera cobrar por él. Dicen que ahora que están escasos, los árboles de capulí cuestan hasta doscientos soles.

Y se fueron con su olor a chicha de jora y sus coplas de carnaval. Torocuro un mes después, murió de hambre. Viejo como se encontraba, prefirió no dejar su agujero para salir a buscar comida y poco a poco se fue secando hasta consumirse por completo. Allí lo encontró un

cushpín colorado, que lo convirtió después de muchos días en humus de lombriz, es decir, en alimento de las plantas silvestres que comenzaron a crecer al rededor del tocón seco del árbol de capulí que los carnavaleros cortaron. Los capulíes, como el pino, no rebrotan. El pobre Torocuro murió sin comprender, por qué los hombres cortaban los capulíes sin sembrar otros que los reemplacen.

## EL CAZADOR DE VENADOS

Desde chiquito, Aldo Casselli había sido panzoncito y cegatón, pero; eso sí, su comportamiento nunca le acarreo un pleito, sinsabor o desplante, porque era tanto o más correcto y educado que una dama de rancia aristocracia. Como su familia de Italia había pasado a residir en la ciudad de San Francisco de Los Estados Unidos de Norte América, desde que recordaba, todas sus vacaciones las pasaba con ellos, en esa lejana tierra.

A sus padres les bastaba vender un par de vaquillonas para financiar sólo el pasaje de ida, porque el de regreso se lo obsequiaban, como si nada, sus tíos italianos radicados en gringolandia. Hasta donde se sabe, parece que no eran creyentes ni practicantes de la sentencia judía: *“cuando llega de visita un pariente a nuestra casa se tiene una gran alegría, pero cuando se va, esa alegría es doble”*.

Por ese detalle de su vida, hablaba, entendía, escribía y, muchas veces, hasta pensaba en inglés, como si se tratara de su propia lengua materna: el “cajamarqués”. Sin embargo, como la lengua materna siempre es más fuerte que cualquier otro aprendizaje, solía soltar en sus conversaciones del modo más natural, términos como “pishgwear”, “ashuyturarse”, “chicasho” o “acushpinado”, junto con los diminutivos tan comunes y propios en esa forma peculiar de hablar el castellano por parte de los cajamarquinos.

También por esa misma circunstancia, cuando después de muchas idas y regresos de San Francisco se convirtió en joven, apenas a los dieciocho años y antes de tener libreta electoral, fue nombrado Profesor de Inglés en el prestigioso y centenario Colegio “San Ramón” de Cajamarca, dejándose constancia que alcanzar esa distinción era todo un logro para cualquier persona que se estimara. Profesores de “San Ramón”, en aquellos tiempos, eran los abogados de la Corte Superior, los ingenieros agrónomos de la sucursal local del Ministerio de Agricultura, los médicos del Hospital “Belén”, los pocos dentistas que había en la ciudad, los pintores y deportistas más renombrados y, obviamente, los profesores que habían estudiado para serlo en la Universidad de Trujillo o en la Universidad Mayor de San Marcos. El Director del Colegio era nada menos que don Alfonso La Torre Barrantes, doctor en pedagogía y de

una humanidad tan grande y tan larga como un pasador de bota.

Desde que arrancara a trabajar como profesor de inglés en “San Ramón”, Aldo Casselli se convirtió en un hombre responsable, honesto, respetuoso y, sobre todo, serio y honorable. Dejó de ser, por consiguiente, aquel joven inconsciente y descuidado de su persona que andaba por las invernadas y cañadas de Huacraruco, cazando pishgos, huanchacos y putillas con su jebe, o comiendo las zarzadoras, los pushgays, los cansabocas, las chirimoyas y los poroporos que los rabopelados no habían dado cuenta todavía.

Ahora se había dedicado a leer novelas, revistas y otros libros con tal pasión, que sus lentes aumentaban de grosor cada año, pero que le valieron adquirir una cultura básica que le permitió alternar, con la soltura que le era característica, en las tertulias de los demás docentes del Colegio. Lo que era más valioso en él, era su costumbre de no decir nunca “okey” —convenga o no— como suele ocurrir en mucha gente que se conoce.

La casa hacienda de Huacraruco era el lugar donde Aldo leía, reflexionaba sobre la vida, observaba la naturaleza, filosofaba y especulaba, a veces sobre política y economía, pero jamás sobre el matrimonio.

De tanto estar en esas andanzas, se quedó medio solterón y algunos que lo conocían se preocupaban por esa circunstancia de su vida, pero; por tal cosa a él no le



daba ni la tos. Una de esas tantas tardes, el Dionisio que a la postre era el capataz de la hacienda, se acercó a conversarle sobre la posibilidad de salir a cazar venados, aventura que, a pesar de su panza, sus gruesos lentes y su poca costumbre de hacer caminatas, le pareció fascinante.

Eso sí, como tenía la convicción que en el arte y las mañas de cazar venados el Dionisio era un experto, estaba seguro que ese día de cacería por lo menos se traerían uno. Pero lamentablemente para Aldo, la madrugada del día en que acordaron ir de cacería, al pobre Dionisio se le aflojaron al unísono, el retén y el trompito, y el caño estuvo abierto si parar hasta casi media mañana, según mandó decir con un propio, por haberse zampado más de la cuenta y sin asentarle con su cañacito, unos riquísimos chicharrones que su mujer le preparó del “amor nuevo” del chanchito que beneficiaron la tarde anterior.

Al irse Aldo a la casa del Dionisio, para averiguar de propia fuente el motivo del increíble entuerto, porque sabía que al Dionisio no le caía mal nada de este mundo, lo encontró tomando a pasto agua de membrillo. Ya se le había quilado la chorrera, pero según dijo, sus piernas estaban todavía shaclacas y el orificio escaldado, por lo que consideraba más que razonable no poder salir de cacería. Pero, a vista y paciencia del chancho causante de sus males, que estaba colgado de una viga, el mismo Dionisio le dio esta salida.

— Descuide usted don Aldito —le dijo paternalmente— yo mismo le voy a aceitar la carabina y le voy a preparar un mapita con todos los puquios donde los venados van a tomar su agüita, al caer la tarde. Cuando están mojando su gorgüero, los venados no se fijan quien les está apuntando y ese es un tiro seguro, no más tiene que cuidarse de que no le vean ni le olfateen desde un principio y, para eso, antes de que comience el sol a declinar, escóndase bien entre los zarzales y sóbese el cuerpo y la ropa con hierba santa.

Dicho y hecho. El día pactado, con la carabina bien aceitada y la alforja con los demás insumos de la cacería al hombro, Aldo emprendió, sólo y por primera vez, la espeluznante aventura de ir a cazar un venado. Había cumplido al pié de la letra con todas las indicaciones del Dionisio y desde antes de las dos de la tarde se apostó en los zarzales como Dios manda, a esperar. Pero esperó y esperó hasta la hora de la oración y no vio nada. Triste, decepcionado y con su mala suerte auestas, emprendió la caminata de regreso a la casa hacienda de Huacraruco. Pero, ¡oh sorpresa!, al pasar por la casa de uno de los compadres de don Aldo “viejo”, o sea su padre, vio amarradito de la estaca de la vaca a un hermoso venadito y... sin mayores ejercicios de cognición, se le prendió el foco.

Sin pensarlo más, llamó a gritos a la dueña de la casa y le planteó la oferta de comprarle en trescientos soles el venadito. La comadre al escuchar semejante

ofrecimiento, ni corta ni perezosa se fue a traer a su marido para cerrar el trato.

Luego de hacer entrega de la plata y ya como dueño del venadito, Aldo les explicó que tenía que matarlo con su carabina 22, a fin de quedar en buena situación ante el Dionisio y las demás personas que le habían visto salir de cacería. La cosa era no más determinar la distancia, de tal suerte de garantizar plenamente la verosimilitud del hecho.

Pero, evidentemente, esa era la parte más difícil del asunto. Como Aldo no era un experto tirador y encima era por demás cegatón, quiso hacer el disparo pegando el cañón del arma al pecho del animalito, pero la comadre argumentó que el pellejo se haría de pólvora y que así la cosa no sería creíble. De buena fe, más que de otra cosa, fue haciendo que Aldo retroceda y retroceda hasta más o menos diez pasos de distancia y, con la seguridad de que desde allí jamás fallaría, le dijo:

— Échele la bala desde aquí don Aldito. De juro, que es tiro seguro.

Bien mandado, Aldo apuntó el arma, la percutió con seguridad y... ¡pumm! disparó la poderosa 22. El estruendo se repartió en mil ecos por los alrededores cuando la noche casi vencía con su oscuridad los últimos estertores de la luz solar. Las vacas mugieron en forma lastimera en tanto las gallinas del corral cacarearon escandalosamente. Disipado el humo y entre claro y oscuro, vieron como el venadito se perdía como una

exhalación, entre los zarzales del lindero de esa parte de la inverna.

Cuando se acercaron a verificar lo que había pasado, la comadre otra vez con la simplicidad ramplona de sus comentarios acostumbrados, sólo atinó a decir:

— Fíjese pué don Aldito, qué buena puntería había tenido usted. Eso de romper la sogá de un balazo, con una carabina 22, no lo hace cualquier aprendiz de cazador... pero, ahora si pué... se fregó usted pué. Lo que es yo... ¡no le devuelvo los trescientos ni de raspas!...

## UNA PARÁBOLA MÁS

Sería mediodía, porque el sol, a esa hora, caía a plomo sobre el polvoriento paraje. Las pocas plantas que todavía no se habían secado por completo, mustias de sed, languidecían a la vera del camino, literalmente tostándose al sol. Todo el panorama en derredor era desértico, con excepción del verdor que se divisaba en lontananza y que más bien parecía un espejismo. Hacia allí se dirigían fatigosos el Señor y sus apóstoles. Martha, la hermana de Lázaro, al que Jesús resucitara hacía poco, les había convidado a un almuerzo, en gratitud por todos los favores recibidos de parte de Él, hasta ese momento.

De pronto hasta los sensibles olfatos de los caminantes, no sólo llegaron las vaharadas de calor, con los aromas de la sequía y del verano que despedía la tierra sin cesar, en cada uno de sus insondables resuellos, sino que ésta vez, se trataba de percepción nueva y diferente, que

venía cargada de un olor nauseabundo, fétido, signado de muerte por sus cuatro costados. Sin embargo, era menester seguir caminando, porque el Señor, imperturbable y con los ojos serenos, fijos en el verdor del horizonte, seguía hollando con sus ya conocidas sandalias, los abrojos del camino.

Ya casi sin mayor sorpresa, ante la mirada impávida de los apóstoles y de conmiseración del Señor, apareció con la descarnada dureza de la realidad, el motivo de tanta incomodidad y desagrado. Era un perro, muerto desde hacía por lo menos cuatro días, en total estado de descomposición orgánica y con el cuerpo alguna vez vigoroso, a entera disposición de los carroñeros de la naturaleza.

Todos, menos el Señor, evitaron mirar aquel sórdido espectáculo y al pasar por su lado lo sortearon cubriéndose la nariz y los ojos con los dedos de una de sus manos.

Cuando creyeron que ya podían descubrirse y volver a respirar... ¡Oh sorpresa! El Señor se encontraba observando, con interés y atención divinas, los deshechos del perro. Y cuando, finalmente, acicateados por la curiosidad humana rodearon al Divino, pudieron verificar que en su infinita gracia, no existía el desagradable olor a la muerte que todos habían tratado de esquivar, ni tenía cabida ese rictus grotesco que

resulta de observar la antítesis de la vida. En sus ojos, sólo había una gran paz y una inconmensurable ternura.

Su sorpresa, que hasta hoy no tiene fin, fue mayor aún cuando le escucharon decir con la sencillez que solo existe, entre nosotros, en la inocente y dulce ingenuidad de los niños:

— ¡Qué hermosos dientes!...

Los dientes del perro, en verdad, eran hermosos, porque en medio de la inmundicia que les rodeaba, resplandecían de una inmaculada blancura y perfección.

Sin embargo, fue todavía mucho tiempo después de que el Señor se marchara a la diestra de su Padre que los apóstoles, al rememorar el hecho una y otra vez, lograron por fin comprender lo que Él nos quiso enseñar:

“Si tenemos la firme actitud de aprehender de la realidad, dura ya de por sí, la hermosura de ese regalo que es la vida, aún en las cosas más penosas y más tristes de nuestra cotidiana existencia, podremos encontrar por lo menos un motivo de alegría y felicidad. Eso es, justamente, lo que enaltece al espíritu humano. Esforzarnos, por lo tanto, en ver lo que todos ven, es decir, sólo el pecado y los defectos, es degradar nuestra propia alma y labrar nuestro propio infierno”.

## LA VENGANZA DEL COMPADRE

No había en el colegio “San Ramón” profesores más unidos por la amistad y la camaradería, además de su relación de compadrazgo, que el “Shego” Domínguez y el Loco “Solano”. Eso todo el mundo lo sabía y nadie lo podía poner en duda por más cosas –buenas o malas– que se hubieran dicho de ellos. Como compadres eran uña y mugre. Como compañeros de trabajo eran jeringa y bitoque y, como actores de este cine natural que es la vida diaria, el “Shego” se parecía al “Gordo”, hasta con el bigotito a lo Hitler, y el “Loco” Solano al “Flaco”, con la frente amplia y los pelos ligeramente rubios e hirsutos, inclusive.

El “Shego” era profesor de “Castellano y Literatura”, aún cuando solía decir que era de “Historia y Geografía”, cuando se le complicaban las cosas, ante una pregunta rebuscada de los alumnos. Recuerdo que cuando



cursaba el tercero de secundaria nos enseñó “Historia del Perú” y en esa ocasión nos dijo:

– Yo no soy de la especialidad de Historia y Geografía, sino de Castellano y Literatura. Cuando estén en quinto año van a ver con sus propios ojos en lo que realmente soy un especialista: la Literatura.

Ocurrió que en quinto año nos tuvo que enseñar “Literatura Peruana” pero para nuestra sorpresa, en la primera clase que tuvimos con él, resultó con la tonada que era de la especialidad “Historia y Geografía”, en razón de lo cual nos pidió, que cualquier “fallita” le disculpáramos por ese motivo.

El “Loco” Solano en cambio, era profesor de “Química Biológicas” pero de tanto enseñar química orgánica e inorgánica se había convertido en un verdadero experto sólo en esa área. Para él era un deleite desarrollar en la pizarra con esquemas tipo árbol, las combinaciones químicas de los elementos y las complicaciones derivadas de las mismas. Para nosotros los alumnos, eso era el más grande sufrimiento. No entendíamos ni jota y, a fin de año, por fuerza había que desfilarse por su domicilio para dejarle de recuerdo una gallina, un pato, un pavo, un chico o un carnero, según la cantidad de puntos para aprobar la asignatura. Lo que en tercero y cuarto años era un vía crucis para todos nosotros, en quinto año por la necesidad de regularizar el papeleo promocional y de egreso de la secundaria para tentar el

ingreso a la superior, se volvía una cosa tan necesaria como el papanicolau para las mujeres mayores de cuarenta años.

El “Shego” y su compadre “Loco” no se sabe porqué azahares del destino, vivían en dos casa contiguas ubicadas en una de las tantas estrechas y viejas callecitas del barrio San Pedro. Por lo tanto, el “Shego” era el mudo testigo del incesante desfile nocturno de los alumnos y de las madres de de los padres de éstos, al término de cada bimestre o al finalizar el año, que llegaban siempre a la casa del “Loco” con un costalillo al hombro y salían con el mismo costalillo doblado debajo del sobaco. Muchas de las veces con una buena gallina shapra era más que suficiente, en cambio en otras oportunidades había que dejar de recuerdo un gallo, un joque pisador o un carnerito huacho, total, el esfuerquito valía la pena porque la nota desaprobatoria que estaba con lápiz en el registro, se convertía en aprobatoria al momento de pasarle tinta líquida con el lapicero Esterbrook que para esos casos disponía, antes de su entrega al Jefe del Departamento de Psicopedagogía, en donde, conociéndole que no cojeaba de ninguna pata, ya no había nada que hacer.

Para el “Loco” siempre había sido una gran complicación el tener que degollar y beneficiar a las gallinas, patos, gallos, pavos, chivos y carneros que le hacía llegar los fans de la asignatura de química, porque su mujer no quería saber de esas cosas horribles por nada de este

mundo. Por eso, como quien no ha dicho nada que pudiera malentenderse, recomendó a los jalados que sería mucho más conveniente que esos recuerditos los llevaran preparaditos a su casa. Como uno de los alumnos metido hasta la coronilla en ese terrible trance, había escuchado muy claramente esta recomendación, cuando tuvo que subsanar su nota desaprobativa recomendó a sus padres que cumplieran fielmente con tal indicación. El padre del muchacho cuando conducía el recuerdo preparado en una gran fuente, con yucas y todo, cayó en la cuenta que el “cabrito” era un manjar muy escandaloso por el inconfundible aroma que dejaba por las calles, razón por la que, apurando el paso, llegó hasta donde supuso que era la casa del que llamaban el “Loco” Solano y tocó la puerta como antes solía hacerlo sólo el cartero.

Ante tan insistente manera de tocar, la esposa del “Shego”, señora muy de su hogar y excesivamente respetuosa de las buenas costumbres, le dijo a su marido que saliera rápido a atender antes de que tumben la puerta de su casa. El “Shego” obediente y bien disciplinado para cumplir tales sugerencias de su media naranja, salió bien peinado con raya al costado y vestido con pantalón de azul marino de casimir, camisa blanca de cuello y con la corbata roja metida a la mitad dentro de ella. Ante su vista el padre de familia con las dos manos ocupadas todavía sosteniendo la fuente de cabrito y sin dejar de pronunciar palabra, se deshizo en explicaciones y disculpas por lo humilde del obsequio;

pero, eso sí, tuvo mucho cuidado de reiterarle como muletilla, la gran necesidad que tenía su hijo de no desaprobado el curso, por tener que ir a postular en Lima a la Escuela militar de Chorrillos. Luego, con un bien ensayado gesto de desprendimiento y de amabilidad, hizo entrega del encargo y se marchó diciendo que ya regresaría su mujer a recoger los depósitos.

No bien se marchó el donante y antes de que se enfríe por completo el oloroso manjar, el “Shego” con la ayuda de un propio, mandó traer a su querido compadre para convidarle y comer juntos el obsequio. En retribución a tan generoso comportamiento el “Loco” mandó traer una caja de cerveza para asentar la comilona. Y... dentro de la felicidad que brinda cashcar los huesos de un potaje tan apetitoso y picante, como lo es un buen cabrito; y, sobre todo bien asentado, a falta de chicha, con un inmejorable trago como lo era la cerveza, departieron ese día como siempre lo habían hecho: entre chascarros, anécdotas, bromas y más cervecitas: pero, siempre, dentro del respeto y la consideración mutuas que siempre se habían brindado.

El “Shego” si bien había sabido desde el principio, que el cabrito no estaba destinado para él, sino para su compadre “Loco”, con la convicción de que *“compadre que no friega a su compadre no es buen compadre”* le había jugado esa broma, pero jamás se puso a medir las consecuencias de ello. Por eso, cuando se hubieron entregado las libretas a los alumnos y el hijo del donante

del potaje resultó con un 09 rojo en química , el padre acompañado del agraviado se fueron, esta vez sí, hasta la casa del “Loco” Solano, quien salió a recibirles. Al ver la blanquiñosa y desbigotada majoma, así como la escuálida y desgarrada contextura física, la frente en franca invasión de la coronilla, la escasa cabellera castaña peinada hacia atrás y sin raya al costado y, en general, el resto del porte del dueño de esta casa, el papá del muchacho comenzó darle a éste de codazos, al caer en la cuenta que, definitivamente, a este dueño de casa no le había entregado la fuente de cabrito, constatación que tuvo que decirle al oído a su hijo, antes de que se empeoren las cosas con un reclamo airado.

Luego, con grandes rodeos y parsimonias, tuvieron que aclarar el entuerto ante el “Loco”, el mismo que, como dueño de casa, y sobre todo sabiendo a ciencia cierta lo que realmente había pasado, resultó muy comprensivo y generoso, ofreciéndoles solucionar el problema de la nota lo más pronto que pudiera, con lo que se marcharon de la casa agradecidos y satisfechos de su gestión, aunque lamentando siempre la equivocación en la entrega de la fuente de cabrito y el hecho de que su hijo tendría que pasar por un examen de subsanación.

Pasada la noche ente apostrofadas irreproducibles y no aptas para menores, cavilaciones sin fin, análisis y reprobaciones del comportamiento de su respetuoso y modoso compadre, a la mañana siguiente, mucho antes de las ocho, el “Loco” enrumbó sus pasos hacia el

colegio “San Ramón”, con el ánimo de sacarse ese picor de vena de rocoto que le estaba royendo el alma. Había tomado, según su conciencia, la feliz determinación de machacar a golpes a su queridísimo compadre “Shego”, para enseñarle que nunca jamás debió cometer este atropello a su confianza y su gran amistad.

Como de costumbre, halló a su compadre en el pupitre que le correspondía de la sala de profesores del segundo piso del pabellón administrativo del colegio. Allí sin mediar ningún tipo de preámbulo ni negociación, le cogió del cuello y le increpó su conducta, desafiándolo de inmediato a darse un par de revuelitos, abajo, a un costado del bosque de eucaliptos que había en ese tiempo a espaldas del internado y en donde, según la tradición, todos los sanramoninos solucionaban sus diferencias entre puñetes, patadas y sobre todo, entre grandes aspavientos y amagos.

El “Shego” consciente de que su broma había sido bien pesada, ya que, no sólo le había birlado la fuente de cabrito sino que, además, le había hecho que se mandara toda la cerveza que ese día habían chupado como vikingos, le pidió disculpas de una y mil maneras. Le hizo reminiscencia de su gran amistad, incólume por tantos años, haciéndole notar que por una broma que reconocía plenamente que se había pasado de la raya, no era justo que tuvieran que irse a los golpes. Además, trató de hacerle comprender que eso de darse de sopapos era cosa de animales o de ignorantes, que su

acción podría tener consecuencias en los alumnos, a los que darían un pésimo y denigrante ejemplo, que podrían salir heridos y después lamentarlo toda la vida; en fin, le dijo todo lo que pudo decir; pero, su compadre “Loco” como jamás lo había visto, estaba desconocido y más terco que una mula, insistiendo siempre en arreglar el asunto con los “revuelitos” que desde un principio le había propuesto y exigido.

Ante tanta terquedad y obstinación, armándose de un valor que triplicaba su talla, finalmente, se sacó el saco, se metió media corbata dentro de la camisa, se arremangó las mangas y encrespándose como un gato que recién se levanta de dormir en la ceniza caliente, le dijo:

– Como tanto jode compadrito por un trishte plato de cabrito, que shea lo que Diosh quiera. Vamosh a darnosh pueh eshosh revuelitosh que ushted tanto quiere, compadrito e’mierda carajo...

La noticia de la bronca entre los compadres corrió como reguero de pólvora por todo el colegio. Y como el espectáculo había comenzado a desarrollarse, pues los compadres –vestidos para la faena, es decir, sin el molesto saco y con las mangas de las camisas arremangadas hasta encima del codo– continuaban discutiendo a voz en cuello camino al canto del bosque, los demás profesores diciéndose para sus adentros “*qué clase ni clase, esto está mejor...*”, y justo con los alumnos

en interminable procesión siguiéndoles en desorden, comenzaron a ir por detrás de los dos pleitistas con la idea de no perderse ningún detalle.

Estos, una vez que llegaron al campo de batalla y después de ubicar el mejor lugar, es decir, un espacio sin pullos, champas ni piedras, se cuadraron al puro estilo de los peleadores callejeros, con un puño en alto y el otro protegiéndose la cara; pero, váyase a saber por qué sortilegio del destino, o tal vez porque habían recuperado una pizca de la sensatez que habían perdido hacía un momento, al unísono pensaron que un cabrito, la sangre no tenía por qué llegar al río... fue entonces que el “Loco” Solano lanzó este feroz grito de guerra???

– ¡Ya está bueno compadre!... y... ahora sí... que venga ese abrazo –y se fundieron en uno de esos abrazos que sólo se ven en las películas cuando el hijo vuelve vivo y entero de la guerra y, su padre, le está esperando en el pórtico de su casa... –.

Después, igual que cuando el Rey Arturo le perdona a Sir Lancelot su supuesta infidelidad con su esposa, le dijo sentenciosamente señalando cada palabra con la punta de su dedo índice:

– ... Pero, eso sí, no me la vuelva a hacer compadrito e'mierda, porque allí sí me voy a desconocer. Y cuando me engorilo compadrito, hasta yo mismo me tengo miedo...



Y se fueron caminando abrazados como hermanitos, de regreso a la sala de profesores de donde habían salido “bravazos” hacía sólo un momento, sólo Dios sabe conversando de qué, por entre el estupor y el desengaño recogido de todos los alumnos y de los profesores, que habían ido hasta allí a presenciar una “feroz batalla”...

## LA IDENTIDAD DE JEREMÍAS

Jeremías llegó lindo y hermoso a este mundo, aunque su nacimiento fue largo y penoso. Su madre para alumbrarlo sufrió un día, una noche y el medio día siguiente, enteritos, porque no se sabe hasta la fecha si fue por iniciativa propia o por esos azahares del destino, que a Jeremía se le ocurrió nacer al revés, “atravesado” como dirían las parteras, o de poto que es como se califican a las cosas que no se hacen como se acostumbra. Finalmente, vio la luz del día, pero su madre, a consecuencia del esfuerzo y de la hemorragia que le sobrevino después del parto se fue de este mundo, con esa cara de satisfacción que dibuja el deber cumplido, en los rostros de las gentes que asumen ésta –pocas veces cumplida– dimensión de los valores, no sin antes lamer cariñosamente el rostro y casi todo el terso y peludo cuerpecito de su bien amado hijo.

Está casi por demás decirse que el pobre Jeremías no pudo nutrirse, ni siquiera una sola vez, con la leche

materna de su valiente y sacrificada progenitora. Sin embargo, como por ese tiempo los recién nacidos acostumbraban llegar con el pan bajo el sobaco, para su suerte, a una vecina le había ocurrido exactamente lo contrario: parir un nonato. En tales circunstancias, como suele ocurrir en otras desgracias que la vida nos trae, la solidaridad se agiganta y se vuelve más concreta, incluso, que el pan que traen bajo el sobaco los recién nacidos. Así entonces, aún cuando las familias fuesen diferentes, la madre del nonato aceptó no sólo amamantar gustosamente a Jeremías, sino cuidarlo y protegerlo el resto de su vida, asumiendo desde el primer instante que, tan madre es aquella que cría a un recién nacido como aquella que le dio a luz.

Jeremías y su nueva madre formaron una familia feliz, aun que algunos vecinos los miraran sorprendidos e hicieran, a veces, algunos comentarios desagradables, al notar las diferencias que desde un principio existieron entre ellos; pero que al niño ni a la madre jamás les importaron. El niño tenía un carácter envidiable para soportar el sufrimiento y una actitud de cariño y de respeto hacia su madre, nunca antes vista, a la que acariciaba con gran largueza y desprendimiento, cada vez que podía. La madre por su parte, no descuidaba nunca su misión protectora, y dedicó a su hijo lo mejor de su existencia y sus esfuerzos, al que amamantó con su preciada leche materna, muchos años más de los que se acostumbraba hacerlo en esos tiempos.

A Jeremías, por eso, si bien le acosaron por las madrugadas algunos calambres chinos, no le dio ni la tos. Creció robusto, sano y fuerte, como sólo un semental suele serlo. Pero sus problemas de talla y alzada comenzaron a notarse a los dos años de edad. Las chicas a pesar de que tempranamente comenzaron a echar caderas y, los chicos a pesar de se les comenzó a expandir el pecho y a fortalecéseles los brazos, no sólo parecían tener mayor estatura que él, sino que realmente eran más altos. Pero lo que a Jeremías le faltaba en tamaño le sobraba en nobleza y en esa magnificencia que le era característica, sobre todo, a la hora de golpearse el pecho con ese tan particular instrumento suyo. Más tarde se le hizo también notorio, su diferente modo de entonar el canto característico de su estirpe y algunos rasgos de la quijada y los carrillos.

Sin embargo, a pesar de de esas y otras mil características propias que comenzaron a surgir en su persona, Jeremías jamás llegó a percatarse que era un extraño en su familia. Todos los demás veían esas diferencias, pero él ni su madre jamás se pudieron percatar de ellas por considerar que eran pequeñeces y que, a su entender, no eran relevantes ni edificantes para su realización individual ni familiar. Jeremías no sólo se consideraba igual a los demás integrantes de su familia, sino que sentía serlo en cada una de las fibras de su corazón, sobre todo, a la hora de defender a su madre de algunos pretendientes que, como en la “Iliada” de Homero, querían hacerla suya aunque fuera a las malas.

Cuando Jeremías no terminaba todavía de darse cuenta que era ya un joven, se apareció por sus querencias un hermoso mancebo de piel negra casi brillante que, sin más protocolos ni interludios comenzó a galantear descaradamente a su madre. Si ella hubiera aceptado tales galanteos, Jeremías no habría intervenido para nada; pero, le pareció ver que su madre protestó enérgicamente y aunque le pareció ver que, con el recién llegado formaban una linda pareja, por estar cotejitas en tamaño y fuste, a pesar de su pequeña envergadura y corpulencia salió en defensa de su madre, y enfrentó al recién llegado con tal decisión y coraje, que el otro no pudo evitar la confrontación.

Para Jeremías grande fue su sorpresa al comprobar en el fragor de la pelea, que sus dientes eran más feroces que los del galanteador de su madre, que sus patadas podían ser más efectivas y contundentes que los de su contendor y que, en general, era más fuerte y potente que aquél, desde cualquier ángulo que se mirara. Después de varios revuelos, el que llegó con la apariencia de ser un poderoso mancebo, tuvo que abandonar la contienda, adolorido por las feroces patadas recibidas y sangrando por diferentes partes de su cuerpo a consecuencia de los efectivos mordiscos de que había sido objeto, especialmente en el cuello, que tenía el aspecto lamentable de haber sido víctima de la ferocidad de un montón de murciélagos.

Después de su inusitado triunfo y sin saber a ciencia cierta cómo le había llegado a ocurrir esta maravillosa transformación, Jeremías comenzó a recibir la pleitesía y el respeto de todo el resto de sus familiares. Las mejores briznas de alimento le eran cedidas, en los puquiales y manantiales él tenía la prioridad para beber primero y las hermosas doncellas se le acercaban sin disimulos, en forma por demás provocativa. Las damas de edad madura, a su vez, lo miraban con hambre y codicia, sobre todo, en los momentos en que se le ocurría desenvainar su espada y golpearla con furia contra su pecho para librarla de costras y casposidades. En fin, para convertirse en el Rey del grupo, sólo era cuestión de asumir esa función y comenzar a desempeñarse dentro de los marcos establecidos para ella. Y así ocurrió.

Dueño y señor del mando en la familia y en franco usufructo de las atribuciones de su nuevo estatus, Jeremías se dedicó a cosechar los beneficios. Una a una, con su propio consentimiento y beneplácito fue cubriendo a todas las doncellas, a las que cuidaba y protegía como Dios manda. Luego, para no caer en la falta de hacer distingos y diferencias entre su gente, recibieron igual trato las damas más entradas en edad y hasta las veteranas, en alguna de las cuales pegó la vacuna.

Cuando comenzaron a llegar a este mundo sus descendientes, no pudo menos que sorprenderse de que los recién nacidos no se parecieran ni a él ni a sus

madres. La piel de los recién nacidos, para comenzar, era mucho más oscura e hirsuta y si bien las orejas, los ojos, la boca, los pies y la estampa eran casi idénticas a las de él, había algo en los recién nacidos que los hacía diferentes. Las féminas eran una múcuras hasta para las cosas más simples y los varones, además de su mayor alzada y visible fortaleza, no tenían muchas cualidades por las que se les podría calificar de listos e inteligentes, con la gran diferencia de que todos sus hijos, sean varones o hembras, tan pronto se hacían adolescentes, eran llevadas a otras comarcas pagando siempre un buen precio por ellas o ellos.

Hasta donde se recuerde, a Jeremías nunca se le volvió nadie a enfrentar para dominar a su familia o para mancillar el honor de su madre o de cualquiera de sus hijas. Daba la casualidad que ninguna de ellas resultó ser una pishpilla o una ardilosa, muy por el contrario, todas sin excepción resultaron ser, siempre, muy recatadas y juiciosas, no ocurriéndoseles jamás que podrían tener un compromiso o pase con algún representante del sexo opuesto ni menos un duelo de esos en los que, después de la contienda, queda por allí la posibilidad de la generación de prole. Sus hijos por su parte, resultaron siendo unos verdaderos monses. Sin bríos para disputar una pareja ni menos para cortejarla; pero, eso sí, con una gran fuerza y vigor para trabajar y para cargar objetos muy pesados, después del período de entrenamiento a los que se les sometía para que dejen de ser los mostrencos que eran al nacer. Nadie

podía decir que fueran blandengues o débiles; pero, definitivamente, mujeriegos no eran aunque sí muy “machos”.

Jeremías finalmente, aunque al principio se preocupó mucho por el hecho de que no iba a tener nietos, llegó a resignarse a su suerte casi al mismo tiempo en que llegó a hacerse sarnoso y desdentado, pero así y todo, murió feliz sin llegar a esclarecer jamás sobre su verdadera identidad ni saber con certeza quién realmente fue. Una larga noche en que, incluso, cayeron heladas, fue suficiente para que Jeremías se fuera de este mundo, aquejado de ese mal de los viejos: la muerte natural.

El día siguiente en que encontraron su cadáver debajo del añoso árbol de molle, donde acostumbraba dormir todas las noches, Jeremías tenía la panza hinchada, las pastas apuntando a la constelación de Sagitario y los ojos fijos en el firmamento, como queriendo descubrir el insondable del planeta Marte. No hubo llantos ni condolencias en su familia, en todos sus rostros sólo podía verse la callada resignación de los que ya saben, desde hace mucho tiempo, que ese era un final anunciado. Después de algunos preparativos, el dueño de la casa, con la ayuda de tres personas más, lo subieron a la tolva de una camioneta pick-up y se llevaron el cadáver para arrojarlo lejos del pueblo, en una de las quebradas de las afueras. Después de esta tarea, a modo de epitafio, dijo a los que le acompañaron:



– Este Jeremías sí que fue una bendición para mí. Cuando la pobre burrita de su madre se murió en el parto, yo pensé que no iba a vivir. Pero, después de todo y a pesar de que se quedó huérfano al nacer, tuvo suerte de que una de mis yeguas, justo por esa misma fecha, tuviera una cría que nació muerta. Al ser criado por una yegua y vivir el resto de su vida en la manada de los caballos, tengo la impresión de que el pobre Jeremías llegó a creer verdaderamente que era un caballo. Tanto llegó a asumir esa falsa realidad que comenzó a procrear con las demás yeguas de la manada dándome varias camadas de mulas y de machos que yo he vendido a muy buen precio. En justicia creo que el origen de toda mi riqueza radica en ese accidente en su vida que lo convirtió en burro hechor. ¡Gracias Jeremías por todo eso... y descansa en paz! –Dijo en son de despedida final–. Luego, como subirse a su camioneta les dijo a sus acompañantes: ¡Vámonos ya muchachos!...

## LOS RAGANES DEL CHONTA

Lo que ahora es el Instituto Superior “Hermano Victorino Elorz Goicoechea” fue, en aquellos años en los que los Hermanos Maristas la regentaban: la Escuela Normal de varones de Cajamarca. En el mismo local funcionaba también, una escuela de aplicación que era más conocida por el número de Escuela N° 123 que por su nombre de “Rafael Olascoaga”, que ostentaba en las ceremonias oficiales o en las sabatinas. La plataforma deportiva que ahora da al jirón Progreso era, en aquellos tiempos, un conjunto de parcelas donde se cultivaban todas las hortalizas que existen y, lo que hoy es el Colegio “San Marcelino Champagnat”, que por ese tiempo era sólo Beato, era una gran piscina de agua fría con granjas de gallinas ponedoras en uno de sus costados.

Lo que ahora es el estadio “Héroes de San Ramón” era el famoso “canchón” y de allí para adelante, chacras con siembras al secano con muchos árboles de eucaliptos en

su derredor. En ese canchón la Guardia Civil para el día de Santa Rosa, escenificaba capturas de delincuentes con disparos de balas de salva y otros aderezos, igualito que en las “seriales”. Nada de ese entonces hubiera hecho presagiar lo que ahora se tiene a la vista: una urbe de material noble, pero es indudable que la vista de antes era mucho más hermosa y placentera por ser natural, ya que, además de contar con paisajes de diferentes tonos de verdes y amarillos, en la época de cosecha de trigo o de cebada, se podía apreciar a los caballos en las eras, corriendo en fila en in terminables círculos.

Muchos cajamarquinos hemos estudiado la primaria en la Escuela N° 123 que, además de ser prevocacional, era el centro de experimentación pedagógica de la Escuela Normal o, dicho de otro modo, su escuela de aplicación. Allí hacían sus prácticas docentes los “jóvenes de la normal”. Un “joven” dejaba de serlo cuando se recibía de profesor.

Los alumnos de la escuela de aplicación solíamos tener clases con los “jóvenes” los lunes y los jueves por las mañanas. En esos días todos los practicantes sin excepción, llegaban a dictar sus clases armados de unas láminas elaboradas por ellos mismos en un papelote, con lápiz de carboncillo y tizas de colores remojadas en agua azucarada. Muchas de esas láminas eran verdaderas obras de arte y daba gusto observarlas y describirlas. Otras, en cambio, eran una muestra de cómo no se debía

hacer una lámina con propósitos didácticos; pero, igual, había que observarlas de arriba para abajo y de izquierda a derecha, procedimiento que nosotros lo sabíamos de memoria y que les era exigido aplicar a los practicantes por el “Toro” Villar, el Director de Estudios de la Normal en ese tiempo y que se caracterizaba por ser un maestro muy idóneo y exigente.

De tanto participar en estas clases los alumnos nos sabíamos de memoria los pasos que, indefectiblemente se tenían que desarrollar. Lo primero era la *“motivación”*, después de lo cual venía *“la declaración oral y escrita del tema”* para de allí pasar al proceso de *“adquisición del conocimiento”* que, por lo general, consistía en una explicación del tema por parte del practicante, después de lo cual, en base a preguntas, venía la *“comprobación”* en la que el practicante verificaba el nivel de asimilación de los conocimientos tratados.

Finalmente, en el último paso de la clase, el de la *“aplicación”*, el practicante elaboraba en la pizarra un cuadro sinóptico o un resumen del tema que teníamos que copiar en nuestros cuadernos y, si alcanzaba todavía el tiempo, lo ilustrábamos libremente con un dibujo. La hora de clase en ese entonces era de 60 minutos, que incluía 10 para recreo o cambio de hora. Definitivamente en ese tiempo las horas *“alcanzaban”* para más cosas y, los profesores no habían inventado todavía su *“hora pedagógica”* cuya duración es manejada a gusto en cada nivel y en cada institución educativa. Esta famosa *“hora”* –que siendo hora y sabiendo que para serlo debe poseer

60 minutos— tiene la particularidad de tener (en teoría) sólo 45 minutos, pero en las nocturnas, vespertinas y colegios de varios turnos, llega a ejecutarse con la barbaridad de 30 minutos “largos”.

Pero... ¿por qué “Los Raganes del Chonta” es el título de esta narración? Es muy simple. Resulta que con el profesor de agricultura que teníamos en la escuela de aplicación y que se apellidaba Taculí, es decir, con el que cultivábamos las hortalizas —que cuando se trataba de zanahorias comíamos mejor que conejos— organizamos un paseo al río Chonta y elegimos el tramo que ahora queda frente a la fábrica “INCALAC” y que antes era la Nestlé o PERULAC. Como es costumbre hasta ahora, para esa oportunidad nuestras madres nos prepararon un suculento fiambre que incluía además del almuerzo, fruta a discreción y la consabida gaseosa que consumíamos a escondidas antes de que llegue las once la mañana, después de lo cual, apenas calentó el sol — cuando no— todos los muchachos estuvimos nadando en el río, pescando raganes.

Como la pesca se prolongó por horas todos nuestro0s ojos se pusieron rojos como los de un cuy. El profesor Taculí ofreció premiar al que pescara más raganes con una pelota de fútbol, de esas que tenían blader de jebe y una pichina del mismo material por donde se las inflaba y que había que esconderla dentro del capacho de cuero de la pelota, a un costado de los pasadores también de cuero, que servían para cerrar esa especie de “jareta”

que todas las pelotas de fútbol tenían. Muchas veces, cuando se cabeceaba la pelota y se tenía la mala suerte de hacerlo por la parte de los pasadores... qué buenos chinchones se ganaba uno en la cabeza. Los defensas del equipo –que en ese tiempo eran sólo dos– terminaban el partido, la mayor parte de las veces, con su cabeza convertida en una “hermosa” chirimoya.

Gracias a que un compañero me cedió la parte de su pesca de raganes, resulté ganador de la pelota ofrecida como premio, la misma que recibí en medio de grandes abrazos de felicitación y alegría. Sin embargo, lo asombroso de todo esto no es el hecho de que hubiera ganado ese premio, sino de que en esa época existieran raganes en el río Chonta.

Los raganes eran unos pececillos que vivían pegados a las piedras del cauce del río. Supongo que se alimentaban de los líquenes que crecían sobre ellas. Su piel era áspera como la de la cashca de Jaén o de la carachama de la Selva, en razón de lo cual era fácil atraparlos con la mano, levantando las piedras una por una.

Pero había también los llamados “plateados” a los que nos se los podía atrapar con la mano, salvo con una red. En fin, en el río Chonta había vida. Y es que, no se les ocurría todavía a los expertos del Ministerio de Pesquería, “sembrar” truchas, ni carpas, ni tilapias por allí. La gente, igualmente, no consumía productos

envasados en descartables, por cuya razón el puente por el que pasa por el río de LLacanora no se atoraba jamás con esta clase de productos de la “civilización” de ahora. A la PERULAC no se le ocurría tampoco, por esa época, arrojar allí la leche que no podía transportar a Chiclayo, cuando había un huayco en las curvas de de la “Firma de Corpancho” o por el “guitarrero”.

En fin, por esa época prodigiosa, ni en nuestros sueños más incontables ocurría que algún día se pudiera pensar en la presencia de la Minera Yanacocha que, según dicen, es causante de la muerte de los curcules que había por millares en las zonas donde lograban estancarse las cristalinas aguas del río Chontay, que ahora, sólo existen en nuestras memorias y, es de esperar que, también, en alguna fotografía inédita del “Vicho Campos”. En fin, fue otro tiempo. ¿Quién puede negar entonces, que todo tiempo pasado fue mejor?

## EL DÍA QUE EL VASO REBALSÓ

Y se comprobó la vieja ley física: frente a toda acción se da una reacción.

El profesor no era de física. Mucho menos de matemática, química o biología. Era un profesor de letras por sus cuatro costados, ya que tenía la especialidad de castellano y literatura. Pero sobre todo, para nosotros, era el vivo ejemplo de la tolerancia y la serenidad, del sentido común, de la cordialidad y de la amistad que fluía en cada minuto de su vida sin nunca haber dejado una brizna de debilidad.

Todo el tiempo que tuvimos la suerte de ser sus alumnos lo habíamos conocido como una persona con una correa a prueba de balas. Nunca lo vimos molesto ni profiriendo palabras en un tono de voz que denotara mal humor, rabia, enojo o ira. Jamás le escuchamos palabras de doble sentido o esas que suelen llamarse “malas



palabras” o lisuras. Salvo esa mañana en que el vaso rebalsó.

La clase de “revisión de castellano” –no de español, por si acaso– era la cuarta y última de ese día viernes. En ese tiempo se estudiaba cuatro horas cronológicas por la mañana y tres por la tarde, con horario partido, de lunes a sábado, sólo que el sábado se estudiaba nada más que hasta las once de la mañana. No se habían inventado todavía “las horas pedagógicas” que, por no tener una duración precisa, resultan como los hilos de los ambulantes de ahora.

Por lo general, la última hora de la mañana la disciplina se relajaba un poco, más aún cuando la tercera hora había sido de educación física. Chaposos como estábamos y, con los pelos todavía con las señales de haber sido puestos a disposición de los caños de agua que existían en el patio principal, pero con las corbatas bien puestas en el cuello, se inició ese día la clase. Nos tocaba identificar en las oraciones que el profesor iba a escribir en la pizarra, algunos de sus elementos fundamentales: artículo, verbo, adverbio, conjunciones, complementos, pronombres (si es que los hubiera), etc.

Nada hubiera trastocado el normal desarrollo de la clase si el “Piola” Rodríguez no le pide al “Toro” Quiroz que le ayude a hacerse el nudo de su corbata. Como quien no quiere la cosa, el “Toro” ajustó la corbata en el “pescuezo” del “Piola” hasta casi volverlo cianótico. Por

poco y se queda convertido en un “Piola azul”. Es obvio que el profesor no percibió nada de esta inusual muestra de la “tradición gloriosa” y el “vínculo de fraternidad” sanramoninos que se predicaban en su himno, puesto que en ese momento literalmente no pasó nada, pero tan pronto se volteó hacia la pizarra pensando escribir el siguiente ejemplo, cuando comenzó a funcionar una especie de bombo de fiesta. El “Piola” en represalia por la ahorcada, le asestó al “Toro” un tremendo sopapo en el centro de su espalda, “caricia” que provocó de inmediato una risotada general en todos nosotros.

El profesor desde donde estaba nos llamó la atención a todos como solía hacerlo siempre: con buenas maneras y apelando a nuestra condición de personas humanas y, creyendo que el entuerto se había solucionado, volvió a intentar escribir de nuevo su fallido ejemplo. Sin embargo, tan pronto dio la espalda a la clase, el bombo de fiesta retumbó otra vez en el salón y la risotada general le siguió como un eco. Esta vez el “Toro” fue el causante y la espalda del “Piola” la receptora del cada vez más cariñoso sopapo.

Por segunda vez, el tolerante y sereno profesor nos llamó la atención a todos los alumnos, al no haberle sido posible identificar al causante del nuevo revoltijo. Esta vez su prédica fue más larga y profunda, más orientadora y de un llamado más enérgico a la cordura y la práctica del respeto y la tolerancia. El silencio era digno de la situación y cualquiera que nos hubiera visto y oído,

habría pensado que estábamos haciendo un “minuto de silencio” por la muerte de alguien conocido. Pero ocurrió que el digno profesor no se tragó esta vez la fingida demostración de arrepentimiento de los angelitos que eran sus alumnos, e hizo el ademán de volver a escribir su fallido ejemplo en la pizarra.

Y... justo cuando el bombo de fiesta retumbó por tercera y última vez, el profesor se dio la vuelta y pescó infraganti al “Piola” retirando su brazo agresor de la espalda del “Toro” y a éste tratando de ahorcar al “Piola” con su propia corbata, en justa represalia. Fue entonces que allí... parió Paula. El profesor con una energía que jamás le habíamos visto, se acercó a los dos “chistosos” y les apostrofó de este modo:

– Ya pues “Piola” y “Toro”... jijuna valienta putas... con que estamos jode y jode ¿no caballeritos?... pues, ¡nos joderemos mutuamente!

Dicho esto cogió por sus corbatas al “Piola” y al “Toro” y los llevó casi a rastras hasta la puerta, echándolos fuera del salón de clase sin ninguna contemplación. Nadie reclamó ni dijo nada, estupefactos por la inusual pero justa reacción de aquel sereno profesor. Luego, para nuestra mayor sorpresa, se fue a su pupitre y abriendo de par en par su registro, buscó los nombres de los laberintosos en la lista y sin asco, les clavó a cada uno un hermoso cinco, escrito con tinta roja líquida y todo.

Demás está decir que ese bimestre los dos se sacaron rojo en ese curso, al no poder remontar aquel cinco. La clase de castellano ya no pudo ser y el resto de la hora, el profesor volvió a retomar el tema del respeto como uno de los valores más sagrados para vivir en armonía consigo mismos y con los demás. La sección del “glorioso” San Ramón en la que ocurrió este hecho fue el cuarto año “C”, el año fue el de 1960 y el profesor don Tarsicio Bazán Zegarra, que Dios lo tenga en su gloria y nosotros en nuestros corazones junto a nuestros más preclaros recuerdos.

## PARABELY: UNA PARÁBOLA PARA ELIZABETH

Después de la resurrección de Lázaro, Marta, una de sus hermanas, invitó al Señor a un almuerzo en su casa como una especie de testimonio de su sentido agradecimiento, por el invaluable favor recibido.

El Señor, como resultará evidente para cualquier cristiano, evitó aceptar el agasajo; pero, los ojos brillantes de sinceridad de Marta terminaron por convencerlo. Así pues, el día del convite, junto con sus doce apóstoles, emprendió al medio día el penoso viaje a pié, por aquellos polvorientos y calurosos caminos.

Después de recorrer varios tramos de aquellos senderos plagados de guijarros y de abrojos; pero, sobre todo, de los desconsuelos y arrepentimientos de algunos de sus acompañantes, lograron divisar por fin, en lontananza, la casa donde les ofrecerían el ágape anunciado. Todos apuraron el paso, imaginando los manjares que les

aguardaban y que les caerían como una bendición, después del gran esfuerzo realizado. Sin embargo, junto con el acre olor del polvo de esos caminos les llegó, también, aquella vaharada del inconfundible olor putrefacto y nauseabundo de la muerte, que nos hace saber cruelmente el momento en que la carne se convierte en carroña.

Sin saber el origen de tan desagradable presencia en el ambiente, siguieron caminando pero buscando con la mirada acuciosa la causa de su terrible malestar, hasta que lograron divisarlo en toda su horrorosa magnitud. Cerca del camino se encontraba el cadáver de un perro, patas arriba y con los ojos abiertos todavía, como queriendo ver el insondable cielo, en franco estado de descomposición orgánica y, ya con los gusanos y los predecibles microorganismos descomponedores, haciendo su trabajo de conservación de la naturaleza.

Todos los apóstoles sin excepción, se taparon las narices con sus dedos o sus pañuelos y, uno que otro, hasta se tapó los ojos para pasar a tuestas y haciendo un gran rodeo, por un costado de aquel denigrante espectáculo que la vida nos presenta a diario, sólo para recordarnos la fugacidad de las nuestras y que, como polvo somos, en polvo nos convertiremos, cuando Dios Padre así lo decida.

Creando que el Señor había hecho lo mismo que ellos, por considerar que la suya era una actitud por demás razonable frente a tal circunstancia, echaron de menos

su cálida y familiar presencia. Al no encontrarlo a su lado comenzaron a buscarlo, viéndole que, sin gesto de desagrado en su divina semblanza, el Señor se hallaba mirando con dulzura y compasión infinitas, algo que ellos no podrían llegar a saber jamás de qué se trataba, de otra forma que no fuera acercándose a Él –a pesar de lo penoso que les resultaría– para averiguar lo que, en ese momento, estaba cautivando su interés.

Al rodearlo impetuosos y con la curiosidad dibujada en sus rostros, porque ya presagiaban que iban a recibir una enseñanza más, adicionalmente a las ya muchas recibidas, sólo quedaron más perplejos de lo que ya estaban, al escucharle decir:

– ¡Qué hermosos y blancos son los dientes de este animal! Ninguna otra criatura en la Tierra los tiene iguales.

Muchos días después y, no sin pocos esfuerzos, los discípulos del Señor lograron descubrir lo que Él les quiso enseñar allí, junto a la podredumbre cadavérica de un perro muerto. “Hay que saber tener ojos para ver, en cualquier circunstancia, incluso en aquellas donde todo está podrido y corrompido, lo que hay de bueno y rescatable en el mundo y en la gente que vive en él. Siempre lo hay. Sólo hay que esforzarnos un poco para poder verlo”.

A los supervisores y evaluadores de todas las épocas y en especial, a los de ahora, qué bien les haría reflexionar sobre el mensaje y la enseñanza contenida en esta

parábola, para luego asumir en cada una de sus funciones y sus áreas, una actitud que se parezca más de cerca a la demostrada por nuestro Señor en esta historia.



## EL CHAQUE

Mi padre, que vivía en Lima, acostumbraba enviarme a Cajamarca un giro por la Caja de Depósitos y Consignaciones, hoy Banco de la nación, una cantidad de dinero que sin ser mucha, ni poca, me alcanzaba para cubrir mis necesidades más elementales de vestido, salud y alguno que otro esparcimiento. De mes en mes podía comprarme con esa propina, los útiles escolares esenciales que necesitaba junto con un buen pantalón de marca, una linda camisa o un par de zapatos de cuero de becerro donde la Zapatería Sarabia o donde la de Rocha. Algunas veces, sin embargo, con el consentimiento de mi madre, podía darle otro uso, como destinarlo para los gastos de un viaje a Trujillo o a Huacapampa, éste último, distrito de Celendín de donde era ella y, en donde, tenía también parientes por la línea materna como en Trujillo.

Por lo general los viajes a Trujillo los realizaba en las vacaciones de fin de año, para aprovechar el verano y la playa en la costa. A Huacapampa en cambio, viajaba en las vacaciones de medio año, en franco uso de la ausencia de lluvias en la sierra; pero, sobre todo, para deleitarme con las corridas de toros en Celendín, en donde hasta le fecha este evento dura una semana entera.

Ese año que decidí pasar mis vacaciones escolares de fines de julio y los primeros diez días de agosto en Huacapampa, pedí a mi madre que le hiciera una carta a su primo hermano Pelayo para que me acogiera en su casa. La carta hecha por mi madre era todo un poema de recuerdos de familia y de deseos de felicidad y parabienes, junto con la obvia súplica de que me recibiera como huésped en su casa, cosa que ocurrió mejor de lo que pude imaginar.

Mi tío Pelayo era un hombre que por esa época frisaría ya los cincuenta años. Después de haberle sacado el jugo a sus últimos treinta años, con la cabellera completamente blanca y luciendo no menos de tres brillantes muelas de oro en su dentadura, se encontraba formando pareja con la tía Elvia. Tenía en ella la pequeñez de cuatro hijas y se había convertido a la religión adventista, razón por la que todos los días antes de los alimentos, se tenía que dar gracias a Dios con una oración que se decía cerrando los ojos y con las manos en acto de contrición. Por esa misma razón, los sábados

durante toda la mañana había que asistir al culto en la iglesia, para regresar a las doce en punto a calentar el almuerzo preparado la noche anterior, porque los sábados no se trabajaba por nada del mundo en esa casa.

No podría quejarme jamás de las atenciones que recibí allá de parte de mis familiares. A la hora de desayunar, en su mesa siempre se podía hallar en abundancia, ricos panes ahornados esa madrugada, junto con una caliente, espumeante y cremosa taza de chocolate con leche de vaca. El almuerzo era, así mismo, delicioso y nutritivo. Siempre había una deliciosa sopa de crema de alverja, chochoca o papa seca y, de segundo, un irreemplazable arroz blanco baleado con alverjas verdes, papas blancas arenosas y una gran presa de gallina de corral. La cena por decirlo de alguna manera, era más frugal que el almuerzo; pero, también era muy sabrosa aunque de fácil digestión, que se asentaba con una infusión de hierba luisa, cedrón o manzanilla que se cogía un momento antes de la huerta.

Así en esa rutinaria paz fueron pasando los días, paz que era rota todas las mañanas y todas las tardes en que acompañado de de mi primo Weyner –uno de los hijos de mi tío Pelayo que tuvo en su primera esposa, que era natural de Nazca y de la cual se separó para unirse con la tía Elvia–, tenía que irme a ordeñar dos vacas lecheras que aquel poseía en una inverna que quedaba en la pampa del Pachamango. Lo peculiar de esta faena era

que mi primo Weyner, antes de salir a la invernada, se llenaba los bolsillos con cancha, la misma que comíamos hasta hartarnos con la leche caliente y espumeante recién ordeñada de las vacas. Uno de esos días, tanta fue nuestra glotonería que no tuvimos casi leche para llevar para el desayuno. Ante tamaña inconsciencia mi primo Weyner, a modo de explicación sólo atinó a decirle a su padre:

– Es que... seguro que noche se soltaron los becerros y han estado mama y mama porque las ubres de las vacas las hemos encontrado completamente capachas. Casi no ha habido leche que ordeñarles...

– Qué cholo más mentiroso eres so grajiento –le dijo mi tío Pelayo, con la convicción de quien escucha ese mismo cuento más de una vez, para luego continuar– ¿Cómo puede ser posible que se suelten los dos terneros? Uno, bueno, que pase, pero ¿los dos a la vez? ¿No será que has llevado cancha y te has dado esas empanzadas de otras veces?... Ahhh, y si se te quila la cagalera, tú mismo te vas poner la enema con glicerina.

– Te digo que los dos becerros se han soltado y las ubres de las vacas han estado capachas –insistió mi primo con la terquedad de quien tiene la conciencia sucia y ese es su único argumento– pero si no te parece, mejor mañana madrugas y tú mismo ordeñas a las vacas.

– Para eso si tienes gracia so adefesio. Bien sabes que yo no puedo hacer eso porque desde la madrugada me ocupo junto con tu tía –se refería a Elvia, su mujer, porque seguramente era cierto, ya que en Huacapampa casi todos son familias– y tus hermanas, en hornear el pan. Pero, que ya no se hable más de este asunto por hoy; pero mañana, no sé de donde, pero me traes la leche completa.

Las corridas de toros en Celendín, mientras tanto, ya estaban por terminar. Quedaban sólo dos por realizarse y, con toda seguridad, después del incidente de la leche, ese día desde un comienzo, tuve la plena seguridad de que no nos darían ni el permiso ni las facilidades para irnos. Si hacíamos los méritos suficientes, quizás al día siguiente esto podría ser posible. De Huacapampa a Celendín había más de una hora de camino a pié, pasando por El Torno y por un costado de Guañambra.

No había en ese tiempo ni combis, ni micros, ni camionetas pick-up para transportar a la gente y los buses de la empresa Díaz, en los que hubiera sido posible hacer el viaje en carro, salían para Cajamarca a las cinco de la mañana. A esa hora nosotros los interesados nos hallábamos roncando en re mayor en nuestras plácidas camas. Había otros carros como el de don Juan Parrancha o de don Manuel “Chospe” Díaz, pero todos sin excepción salían de madrugada a Cajamarca, así que, sí teníamos que ir a las corridas de toros de Celendín tendría que ser a pié o en el

“Payanco”, es decir, en el brioso caballo que mi tío Pelayo montaba sólo los “jueves de tornaboda” que es cuando, con todos los humos del carnaval los huacapampinos hacen proezas inauditas a caballo.

Como ir a Celendín a ver por lo menos la última corrida era para mi primo Weyner y, también para mí, una cuestión de ganársela haciendo méritos, esa mañana después del desayuno, lavamos las tazas, tendimos las camas, barrimos la casa, deshierbamos la alfalfa de la huerta, podamos los membrillos y regamos el patio de tierra, entre otras cosas. Después de almorzar y sin perder ni un minuto, desde la una de la tarde nos pusimos a azufrar los sombreros de paja, sentados en unos banquitos que mi tío tenía en el alar de su patio para las tejedoras de sombreros con tanto ahínco que, las rumas de sombreros bien azufrados iban creciendo uno a uno. Ante tan inusitada muestra de capacidad de trabajo, el canoso de mi tío Pelayo se acercó y nos dijo:

– Ah “calajo”... estos muchachos si son de rompe y raja. Pero no me van a negar que algo quieren, so gallazos... y ya me imagino de qué se trata; pero, con toda franqueza, ¿acaso estar aquí en el patio haciendo una cosa de provecho, no es mejor que ir a ver cuando masacran a un pobre animalito de Dios?...

– Eso dices ahora papá cuando ya estás viejo y convertido a la religión adventista. Y... antes cuando eras joven y católico ¿acaso nos has sido hasta mayordomo

de la fiesta? Y, ¿acaso nos has hecho tu propio palco en la plaza de Sevilla para las corridas de toros? Como decía la mamá Chalo, la vaca no se acuerda que alguna vez fue ternera; pero, bien sabes que mi primo Alfredo ha venido desde Cajamarca para ver siquiera una corrida... y tú, sólo pensando en hacerle trabajar todo el día. Creo que deberías darnos permiso para ir...

– Bueno muchachos –comenzó a decir a pausas mi tío Pelayo con aire más condescendiente– que sea como quieren. Anda hijo trae el caballo de la pampa del Pachamango, ensíllalo y... ¡mándense cambiar! Pero ustedes serán los que tendrán que rendir cuentas de sus actos a Dios algún día por participar en esas fiestas paganas y no yo...

Antes de que sean las tres y media de la tarde bien montados en el “Payanco” y a todo trote, coronamos la subida de El Torno y después la bajada que da frente a Guañambra. Y... en menos que canta un gallo, pasando por el camino real que atraviesa el barrio de San Cayetano, estuvimos encargando el caballo en el corral del tío Napo Zamora. En nuestro bolsillo llevábamos cada uno, diez soles de propina que alcanzaría cinco soles para pagar por un sitio en un palco de algún conocido y cinco soles más para cualquier golosina.

Aunque yo era de la idea de gastar la propina según las indicaciones e intenciones del donante, mi primo Weyner tenía sus propias convicciones sobre este asunto y, como

él era el dueño del caballo... ni modo de contradecirle. Ni bien comenzamos a divisar los palcos hechos con de troncos de eucalipto alrededor de la plaza de toros de Sevilla –mucho antes la Feliciana– a mi primo Weyner comer primero un buen plato de picarones, luego quiso probar el algodón de azúcar y llegamos hasta los palcos comiendo cada uno una manzana confitada.

– Ni se te ocurra querer subir a un palco primito. Esa es la peor cojudez que podríamos hacer –me dijo con una convicción que no le había visto poseer hasta ese momento y sacando a relucir, más que nunca, sus herencias genéticas shilicas– ahorita no más vamos a encontrar un sitio donde vas a estar mejor que en un palco, ya verás... y encima no vamos a pagar ni un sol.

En toda la plaza la gente comenzó a decir en coro los “oles” consabidos. Paco Céspedes estaba haciendo una más de sus grandes faenas en esa plaza tan conocida para él. Nosotros mientras tanto, andábamos de barrera en barrera y de chaque en chaque como “rabos sin sosiego”, según lo que yo creía, buscando un lugar donde ubicarnos para ver la corrida. Pero mi primo Weyner decía que allí no y pasábamos a otra barrera y otro chaque. Medio aburrido por lo que estábamos haciendo le manifesté que ya habíamos dejado bastantes sitios desde donde, por las rendijas de los palos amarrados en forma horizontal a los pilares de eucalipto, podríamos ver muy bien la corrida.



– Primito, no seas apurado –me dijo de inmediato, como quien tiene la respuesta en la punta de la lengua, luego me aclaró–, el que apurado vive apurado se muere. Ten paciencia, que ya vas a ver los toros y... ¡qué torazos vas a ver, je, je, je...!

Y seguimos buscando. Cuando estábamos en las barreras, lo que no entendía era por qué mi primo Weyner en lugar de mirar por las rendijas que nos separaban de la arena donde se lidiaban los toros, buscaba algo a través de las rendijas del cielo raso de los chaques, y cuando estábamos en los chaques hacía otro tanto con el cielo raso de los palcos, donde toda la sociedad celendina de cierto abolengo o capacidad económica en el fragor de los “oles” se ponía de pié para ver la corrida. El chaque, que era una especie de segundo piso del coso, se construía sobre la barrera, que estaba a ras del suelo y; el palco, que a su vez era el tercer piso del coso, se construía sobre el chaque. La barrera era gratuita y los propietarios de los palcos lo dejaban completamente libre para uso del pueblo. En los chaques en cambio, a veces se cobraba un precio módico pero, por lo general, una vez que comenzaba la corrida también era gratuito porque nadie del palco quería ya cobrar.

Mi primo Weyner y yo teníamos el dinero para pagar el palco; pero, aquel no quería hacerlo y hasta ese momento desconocía el motivo.

Por lo tanto seguimos buscando sabe Dios qué por las barreras y por los chaques. El evaluador de las condiciones donde tendríamos que ubicarnos era mi primo Weyner y yo, sin saber por qué, tenía que seguirlo de aquí para allá. Hasta que finalmente nos estacionamos en un sitio donde según él, era el que andábamos buscando.

– Mira para arriba primito y vas a ver lo que es bueno. Que pué... en la plaza de toros vas a ver sólo a esos toreros sopinudos corriendo a esconderse en la barrera, porque el Paco Céspedes, que sí es buenazo, sale después que al toro lo han capeado y banderilleado bien los otros que son malazos. En cambio aquí, más que pué... mira por esa rendija... y por ésta otra... verás... acércate primito pa'que veas a aquella chinaza con calzón rojo... y por aquel lado, a la china esa le están saliendo los mostachos por un lado de su calzón blanco je, je, je... pero mejor fíjate en el sopino de aquella del costado del palco, esa lo tiene todito pecoso... já, já, já.

La corrida de toros de esa tarde, según dijeron los entendidos, fue una de las mejores de toda la temporada. Al torero Paco Céspedes le dieron las orejas y el rabo de no sé cuantos toros; pero, mi primo Weyner, imagino, que se llevaría grabada en sus retinas no menos de ocho rabos, todos blanquiñosos y tersos, como suelen ser los rabos de las shilicas...

## SACHA ANDRÓGINO

Hace algún tiempo, Saúl que a la postre cursaba el quinto año de secundaria en el vetusto y centenario colegio de Guadalupe, resultó llegando a la casa de su tía Lela en Barrios Altos, donde se hallaba alojado y donde recibía pensión, con dos perforaciones en cada una de sus orejas, de las que pendían singulares y relucientes aretes, al parecer, de ese material que es trabajado por algunas personas que fabrican y comercializan esa clase de chaflonerías por la calle.

Como era natural, tales atuendos causaron un gran alboroto en la casa de la Lela, porque no era costumbre en esa casa que los varones usaran aretes. A modo de esclarecimiento de la situación y aprovechando a las mil maravillas sus dotes histriónicas, la Lela hizo este agudo comentario:

– Ay hijito, yo no sé a dónde iré a parar todo esto. Pero a mi pobre entender los hombres tienen que ser hombres y, además, parecer que lo son sin sombra de ninguna duda. A mí me producen una rara sensación esos hombres que usan aretes o el pelo largo, porque de lejos parecen maricas y de cerca siguen pareciéndolo, o por lo menos, dan a conocer que tienen la “vocación” de serlo algún día. Hombres los de mi tiempo, papacito. Fíjate que te daban una “agarradita” y te dejaban eructando a huevo una semana.

– A ti te habrán “agarrado” pues Lela y encima te habrás quedado eructando a huevo no una semana sino quince días, porque tu vesícula no creo que te haya respondido desde antes –retrucó Saúl haciéndose el inocente con respecto a la doble connotación de la “agarradita”, del “huevo” y del “eructo” que hiciera aquella, pero en franca alusión de la enfermedad de su tía, a la que la palta, el huevo o el chocolate le caían como bombas—.

El debate siguió encendido, pero no hubo forma de convencer al joven de lo poco relevante que le resultaba usar aretes. Se le habló de su identidad como persona, del respeto que debía tener por su integridad corporal y su género, de la tradición nacional que nos advierte que los varones en el Perú no suelen usar aretes, y que, si alguna vez ciertos peruanos lo usaron, esa fue una costumbre del incanato que a la fecha estaba obsoleta y caduca, entre otros muchos argumentos. Pero, como él

se halla premunido de una coraza especial, las cosas que se le dijeron, simplemente le resbalaron no se sabe hasta dónde, respondiéndonos siempre lo mismo como estribillo:

– ¡Están de moda los aretes! Mis compañeros en el “Cole” los usan. ¿Por qué no puedo yo usarlos? Total... todas las cosas que me han dicho son cosas pasadas de moda... ya fueron choches... ¡ya fueron!...

Luego, cómo quien quiere hacer valer sus cinco años de educación secundaria en un colegio como el Guadalupe de Lima, nos dijo en un tono formal y circunspecto que sólo podía reconocerse en él en esta clase de ocasiones:

– Mira Lela –dijo mirándola atrevidamente de frente– y también a ustedes que apoyan incondicionalmente a esta viejita –dijo refiriéndose a nosotros y mirándonos de soslayo– en las películas de acción, de esas que ahora llaman “thrillers” o no sé qué vaina, pero en esas donde el protagonista rompe brazos, piernas, cuellos y otras cosas, es común ver a un tremendo hombrón con una colita de caballo. Ustedes seguramente que van a pensar que al tipo le suda la canoa, pero nada que ver, de repente al igual que en el caso de Sansón, su fuerza y habilidad le vienen de los pelos largos. Como pueden comprender, tales usos no responden a ninguna forma de homosexualidad ni a algo por el estilo, que es lo que les escandaliza al ver mis aretes. Las cosas están claras en ese sentido, pero la

moda es la moda. Ahora da risa enterarse por ejemplo, que antes los hombres se peinaban echándose a su pelo un aceitillo de marca “Glostora” y que en los tiempos del tango y de Gardel, cuando los muchachos no tenían dinero para comprarse la gomina, se echaban a su pelo la jalea de membrillo que preparaba su abuela para el pan. Fíjense pues, tanta gafera junta y nadie decía nada. Claro, porque en ese tiempo estaba de moda eso. Hay que contextualizar las cosas “tíos” para poder comprenderlas. Así nos ha dicho el profe César no sé cuantos, de Historia. Hay que contextualizar las cosas para comprenderlas... –y se fue a su cuarto sin decir ni chus ni mus aparte de lo ya dicho, dejándonos con la palabra en la boca, después de haberlo escuchado a él tan atentamente–.

La Lela era una abuela muy singular y muy práctica. Al ver que no pudo ganar la lid, se retiró con sus cajas destempladas del escenario, para dirigirse al mercado de Mercedarias, tres cuadras abajo, como quien se va de la Plaza de santo Cristo al Congreso de la República, a realizar las compras de sus cosas para la comida del día. Pero durante el trayecto a pié –porque los micros moraditos de la línea diez sólo venían de subida por allí– es de presumir que lo hizo hilvanando su estrategia de contra ataque, porque cuando regreso, sin decir nada y sin hacer ningún aspaviento, le entregó a Saúl un paquete envuelto en papel de regalo:

Tan pronto éste lo abrió se encontró con la sorpresa de que el paquete contenía tres calzones, con blondas y todo, en colores muy femeninos. Después de dar a cada prenda una estiradita por la parte de los elásticos, se le ocurrió preguntar con cierta ingenuidad:

– ¿Pero Lela, a santo qué... se te ha ocurrido regalarme estos calzones? Explícame... please...

– Para que los uses hijito cuando se pongan de moda –fue todo lo que le contestó la abuela con gran sabiduría, dejando cerrado cualquier otro debate o comentario adicional, ya que de inmediato se metió a su cocina, lugar en el cual ella era una reina autocrática–.

Saúl se encerró en su cuarto de nuevo pero... a la hora del almuerzo se presentó a la mesa sin aretes ni nada que se le parezca pendiendo de sus orejas. A modo de explicación sólo atinó a decir a modo de conclusión:

– ¡Ganó la abuela!... Franco, me la ganó y... bien ganado –luego, como si estaría jugando una partida de “Callao” en el cacho y le hubiera ganado una jugada, dijo tratando de aparecer como si fuera un gran conocedor del mismo–: ¡Palo para la abuela!

Claro, la abuela había ganado esa batalla, pero la guerra continuaría por tiempo indefinido afuera en la calle, en la que, cada vez con más fuerza se puede observar a la gente, usando lo que ha sido característico y exclusivo

del género opuesto. Las complicaciones de los que creemos que somos estándares, normales, comunes, etc.; se ahondan cuando se encuentra en la calle a mujeres con pelo muy corto, con botas, pantalones, camisa y casaca de “hombre”, del mismo modo que a hombres con blusas, aretes, carteras, pañoletas y otros abalorios propios de mujeres. Ni hablar de los polos, al parecer, todos son unisex. Si usted centra su atención en este asunto se va a percatar que hay un montón de cosas que son unisex, es decir, que igual los pueden usar hombres o mujeres. A tal estado de gravedad ha llegado este asunto que los “pirotécnicos”, que son eso, no precisamente por dedicarse a fabricar o quemar cohetes han llegado a creer que el “torito” del hombre, puede ser utilizado para “cepillar” tanto a las mujeres, (según es la costumbre correcta), como a los “machos” dedicados a la pirotécnia (que sería más bien la costumbre desviada de la normalidad).

Al respecto, decía un amigo psicólogo que ejercía de consultor en educación que:

– “La búsqueda de la propia identidad es una tarea que las mujeres inician, generalmente, desde muy niñas y no sólo desde cuando comienzan a “echar caderas” como suele suponerse, del mismo modo que los varones, que arrancan esta tarea desde muy pequeños y no sólo desde cuando comienzan a “soltar gallitos” en su conversación. Al parece la tarea termina cuando la persona se siente satisfecha consigo mismo, lo cual



ocurre en la mayoría de los casos cuando se acaban los años maravillosos de la adolescencia”.

Sin embargo, en algunos casos, esta búsqueda de la identidad personal y de la individualización no termina nunca. Y, al parecer, al paso que caminamos, nos vamos a convertir en una sociedad andrógina. O sea, una sociedad donde no se diferenciarían los hombres de las mujeres a simple vista. Es imposible sin embargo que allí, podríamos descubrir quién es quién en la intimidad, pero ojalá sin sorpresa como la que le ocurrió a Saúl, el mismo Saúl del comienzo de esta historia, es decir, al receptor de tres calzones de parte de su tía abuela.

Después de terminar la secundaria, Saúl desapareció de Lima al haberse enrolado en el Ejército, no porque le gustara la idea de “servir por dos años a la patria”, si no para escapar de la presión ejercida inmisericordemente por su madre. Como ya había terminado el quinto año de media y no había cuándo decidiera a dónde iba a presentarse para seguir su educación en el nivel superior, su madre comenzó a desesperarse, como suele ocurrir con todas las madres en ese trance.

Parece que sin proponerse, pero todas las semanas llegaba de su trabajo con recortes de periódicos en los que se ofrecían cursos rápidos de taquigrafía, mecanografía al tacto, inglés comercial, ventas a domicilio, el arte de la oratoria y otras tantas de similar o igual naturaleza, tratando de interesar a su Saúl para

que, *“aunque sea eso estudiara porque de algo le habría de servir algún día”*. El colmo de esta situación llegó a producirse cuando uno de esos días, vino a insistirle para que estudiara cosmetología, porque, total... *“de lo que se trataba era sólo de ganarse la subsistencia honradamente y dejar de vivir como un vago haragán que no hace nada por la vida”*.

Ante toda esa lluvia de “preocupaciones” acompañadas de diatribas de su madre, Saúl respondió haciéndose el sordo, encerrándose en su cuarto para pensar sabe Dios en qué o saliendo a vagar por allí y por allá sin rumbo fijo ni conocido, lo cual en Lima resulta una aventura de la que jamás se deja de salir ileso. No faltan los peligros, ni las insinuaciones, ni los ofrecimientos. Un día de esos, deambulando por las inmediaciones del mercado de Matute, en la “rica Vicki”, Saúl se encontró con “el Mudo”, una amigo suyo y antiguo compañero de carpeta del Guadalupe. Y como suele ocurrir en estas circunstancias, el dril gimnástico de levantar el vaso comenzó con un clásico: *“ya pué compadre... qué esperamos, vamos a echarle un par de chelitas bien helenas, por aquisito no más conozco un barcito donde nos van a atender como a familia...”*.

Y se fueron al frente de Matute pasando la avenida México, a una tranquila bodeguita en Palermo que tenía acondicionada una mesita para dos o tres personas a lo mucho, para que los clientes conocidos y que además, no fueran alborotadores, ni buscapleitos, ni mucho

menos de esos a los que les dan diablos azules, tomaran sus cervecitas en la paz y tranquilidad de aquel rincón.

Claro que la dueña de la bodeguita, una profesora jubilada que se “recurseaba” de ese modo para poder sobrevivir, dada su exigua pensión, tenía que hacerse la que no oye los chistes que entre vaso y vaso iban subiendo de color, tono y volumen. Haciendo una chanchita cuando ya no pudieron más, pagaron la cuenta; pero, como no les quedó ni siquiera para los pasajes en micro, tuvieron que irse caminando cada uno a sus casas.

En ese tiempo no había aparecido todavía ni la maca ni el ponche de habas por las calles de Lima; pero, al parecer y sin que se sepa cómo, junto con el lúpulo importado de Alemania a la cerveza de seguro le estaban adicionando sus fabricantes jugo de maca o alguna otra sustancia que más tarde se conocería como “biagra” porque a Saúl, conforme se le iba hinchando la vejiga y agudizando las ganas de orinar, se le fue enderezando la concertina hasta ponerse con una rigidez propia sólo de los brazos de los santos existentes en las iglesias conservadoras, o de las patas de los perros envenenados que, encima de esta irreverencia, muestran sus dientes blanquísimos a todo el que pasa, en un rictus que no se puede saber si es de respeto a la muerte o de burla a la vida de perros callejeros que llevaron muy a su pesar.

Casi al llegar a la altura de la Escuela de Policía en la avenida de Los Incas, después de haber recorrido casi a la carrerita toda la inmensidad de la avenida Manco Cápac y la Avenida Grau, una morocha bien formada y presumiblemente, experta en las lides de pescar borrachitos para llevarlos hasta su cuarto, le comenzó a guiñar descaradamente. En el trance en que se hallaba el pobre Saúl lo único que quería era estar con una mujer pero, después de vaciar la vejiga que la tenía ya a punto de reventar. Como la “Morocha” fue más que complaciente en ese sentido y, después de asegurarle que su cuarto tenía baño para que orine o haga algo más que quisiera, siempre a las carreritas, llegaron hasta el cuarto de la cita de amor que “ella” le había ofrecido desde el comienzo.

Saúl pensó sinceramente, que el garrotillo se le iba a quitar como por arte de magia una vez que terminara de orinar la última gota de pichi acervezada. Pero no fue así. El condenado “muchacho” se resistió a agachar la cabeza y, peor aún, a doblegarse. Así que como la “Morocha” le estaba esperando en una pose provocadora, lo primero que hizo fue “matarla a besos”, con esos besos profundos, brujos, rebuscadores y pícaros que cualquier joven suele dominar más que a la perfección.

La felicidad parecía hecha para él... hasta que se le ocurrió explorar las zonas más escondidas. Lo de los senos pequeños que acarició con gran ternura, no le

había causado ninguna impresión de duda, porque simplemente él sabía que muchas mujeres habían llegado tarde a la repartición de tetas. Por eso, sigui9endo para adelante, con gran audacia y decisión aflojó el ceñido jean que la morocha llevaba y siguió explorando con una pasión inusitada lo que había debajo del mismo. Las pompis eran fenomenales, redondeada, duras, bien formadas y hasta quebraditas; pero... ¡Oh sorpresa! cuando llegó a la zona decisiva encontró allí bien duro y enhiesto como un obelisco, una cosa que no pudo aceptar.

Así que, vomitando hasta las tripas de sólo recordando los besos tan apasionados que le había dado, salió corriendo del cuarto como alma que lleva el diablo, llegó hasta su casa de Santo Cristo donde siguió vomitando toda la noche. Cuando ya estuvo casi moribundo por la deshidratación y el esfuerzo de hacer arcadas a cada rato, quien sino la tía abuela Lela, llegó para auxiliarlo con un mate de coca con té bien caliente que Saúl tomó haciendo un esfuerzo sobrehumano. Las náuseas se le quitaron como con la mano y recién pudo quedarse seco... dormido como un lirón; pero, con la palidez de un cadáver todavía fresco.

A las diez de la mañana del día siguiente, sin decir palabra a nadie, arregló en una bolsa de marinero todas sus pertenencias y salió sin despedirse de nadie. Una semana después llamó para avisar que ya estaba enrolado en el Ejército.

## LOS GATOS PIROS

### “AZRAEL”

Uno de esos días en que llovía a cántaros, Azrael bajó del techo de la casa empapado hasta la médula. Literalmente chorreaba agua por todas las “simbas” en las que se habían convertido casi todos los mechones de su pelo, además de hacerlo por la cola y por cada una de sus cuatro patas. La ruta que recorrió para llegar desde el patio hasta la cocina donde comenzó a sacudirse como un loco, era una serpenteante huella de intermitentes charquitos de agua cristalina que reflejaban la luz que entrada semidifusa a esa hora, por un tragaluz hecho en el tejado con una de esas calaminas traslúcidas que se vuelven opacas o se deshacen como pan duro, con el tiempo, las aguas y los rigores normales del clima en la sierra. En Cajamarca, al sol la temperatura sube a más cuarenta grados centígrados, en tanto a la sombra, baja drásticamente a doce grados o menos.

Por los estragos producidos en el gato –Azrael por si acaso lo era– había de suponerse que había uno de esos aguaceros que caen con sol y granizo y que, muchas de las gentes de estas tierras, suelen llamar “lluvia loca”, razón por la cual no le dio tiempo para guarecerse en ningún lado. Además, en los techos de teja de Cajamarca, es difícil que existan esta clase de refugios. Por lo general, tales techos suelen ser ámbitos completamente desguarnecidos, en los que la conciencia de libertad que los gatos tienen bien internalizado, es un hecho tan objetivamente verificable como que el granizo golpea tanto o más que las piedras cuando suelen caer con esa inusitada violencia como lo había hecho ese día en Cajamarca; pero que, sin embargo es pan de cada día en los desolados parajes de Coymolache o Samangay (camino a Chota); o en los de Cumulca o Sendamal (camino a Celendín).

Azrael era un gato flaco de color naranja tirando para rojizo con una franja blanca que nacía en su pecho y se iba por toda su barriga. Nos lo había obsequiado la empleada doméstica de la casa porque según ella, su gata había parido cuatro gatitos y sólo le quedaba el que nos estaba ofreciendo, porque nadie lo había querido llevar. Lo que no nos dijo es que no se lo habían llevado por feo, por flaco, por desgarbado y... por cursiento. Pero, como lo habíamos aceptado así como estaba, todo eso ya no importó finalmente. Mi mujer, que para variar, no es persona que le gusten los gatos, se decidió a tener uno en la casa porque, como mal menor, lo prefería a las

ratas y pericotes que se habían vuelto tan sinvergüenzas que, descaradamente se paseaban por los intersticios de las tejas del techo a plena luz del día y amenazaban con sus chillidos con bajarse a la cocina a buscar comida y a marcar su territorio con sus orines.

Cuando Azrael llegó a su nuevo hogar un sábado a la hora del desayuno, mis hijos después de observarlo lo recibieron sólo con resignación. Su entusiasmo inicial cuando se enteraron que íbamos a tener un gatito en la casa, al verlo desapareció como poa arte de magia. Y es que el pobre gatito era feo con ganas. Su piel no era lustrosa ni su pelambre, sedosa o reluciente, mucho menos era abundante. En lugar de maullar bien como era de esperarse en un gato bien plantado, emitía unos gemidos que producían conmiseración en lugar de alguna forma de entusiasmo y daba la impresión de estar con bronquitis crónica. De yapa, como se le habían caído algunos dientes de leche y los definitivos no le brotaban todavía, en cada uno de sus lastimeros gemidos enseñaba su boca desdentada como pidiendo que le llevaran de urgencia al dentista para conseguirle un “casete” para gatos, parecido a las dentaduras postizas que usan los actores que hacen el papel de vampiros, como en el caso de Christopher Lee o Bela Lugosi, los más famosos “Dráculas” que hasta ahora se reconozcan como tales.

La primera noche que durmió Azrael en su nuevo hogar: en una cajita de cartón de galletas de vainilla, en la cual mi mujer le acomodó envolviéndolo profusamente en



trapos de lana, se la pasó gimiendo tan desconsoladamente que su voz, que era ya ronca cuando llegó, se volvió casi afónica e inaudible por la madrugada. Es de suponerse que por cansancio más que por convicción, de que su situación no iba a remediarse gimiendo, el pobre gato se quedó dormido tan profundamente que, para darle leche caliente al día siguiente a eso de las diez de la mañana, hubo que despertarlo a sacudones. Lo bueno de todo es que se levantó con hambre y se devoró todo el alimento que le pusieron en un platito de loza, de esos que tienen mellas en más de una parte del borde.

Si haber llegado a perder el apetito alguna vez, Azrael no llegó jamás a engordarse, a pesar de que se le administró varias dosis de purgante para bichos y otras medicinas que, se suponía, debían cambiarle el flacuchento aspecto que tenía. Y si bien su piel mejoró bastante y su pelo se hizo casi lustroso, en términos generales seguía siendo el gato desgarrado y feucho que llegó a la casa un sábado a la hora del desayuno. Lo que si llegó a ser fue un gato muy bien educado, aunque de modales rudos y poco afecto a los arrumacos.

Uno de mis hijos acostumbraba pasarle la presa del plato de su sopa –y cuando no se advertía su maniobra, hasta de su plato de segundo– a escondidas de su madre. Azrael para no hacerle quedar mal, tan pronto recibía la presa, se iba a comerla al jardín con la cola en alto y el manjar sujeto por sus poderosos caninos que relucían de

blancura. Después de dar cuenta del succulento bocado, volvía haciéndose el pobrecito para recibir de los demás comensales algún otro convite más de comida.

Como era por demás educado y de buen filo, en este trance si le daban palta, palta comía; y si le daban un pedazo de apio o de zanahoria, crudas, se lo comía igual. Comía también caramelos y hasta toffes y chicles que se los pasaba sin discriminar la diferencia. Por esa costumbre de recibir chicles dicen mis hijos, que en cierta ocasión después de defecar en el jardín, resultó primero correteando con un globo grande pegado a su poto hasta que, haciendo un ocho con su lomo advirtió el entuerto y de un zarpazo lo reventó.

Azrael no era de esos gatos que abrían las tapas de las ollas y se robaban las presas que había allí porque él, disciplinadamente, esperaba que se lo dieran mis hijos de mano propia. Si no le daban presa a la hora de la comida se la buscaba en el tejado por las noches. Y en esos menesteres era por demás eficiente y efectivo. Las ratas jamás volvieron a poner una pata sobre la casa y, comiera o no comiera en el almuerzo o la cena, daba unas siestas ruidosas y felices después de cada comida que hasta nos daba envidia.

Azrael era también un gato limpio y pulcro. Al parecer, era consciente de lo olorosas que eran sus posiciones, porque después que una sola vez la empleada doméstica de la casa le restregara la trompa en una cacanuzza suya que había dejado en un rincón de la sala, jamás volvió a

hacer ese mismo chistecito en la sala o cualquier otro ambiente cerrado de la casa. Además como en uno de los rincones del jardín había una pequeña cama de crianza de lombrices, sabía perfectamente lo que tenía que hacer. En un extremo destinado para oxidar los desechos de cocina, él enterraba religiosamente sus ofrendas del día a primera hora de la mañana pensando, presumiblemente, que las lombrices ya sabrían en qué momento debían dar cuenta de ellas sin peligro de morir intoxicadas a consecuencia de las emanaciones de metano, butano y otros propios de la cacana de los gatos.

Como mucha gente habrá podido verificar, los gatos son seres que saben usar su derecho a decidir los que les conviene, y cuándo les conviene, con un sentido de la libertad y de la autonomía que, muchas veces, está ausente en las personas que deberían de tener un alto desarrollo de su inteligencia emocional. Los gatos adultos nunca se dejan cariñar si ellos no lo quieren y manejan una serie de estrategias para tener el control de esa situación. Si quieren ser cariñados, por ejemplo, suelen restregar su cuerpo de un modo mimoso y encantador, hasta dejar una buena porción de sus pelos sobre la ropa de la persona que está su lado. La parte preferida para esta demostración suelen ser las canillas. Pero si no lo desean, emplean cualquier recurso válido para impedir que eso ocurra, como escupir en seco, maullar en tono feroz y hasta arañar con esa velocidad y efectividad que es característica en ellos. Azrael en

“todas esas artes” era un experto en grado sumo. Al parecer, como estaba más que consciente de que era un gato bastante feucho, era muy parco en sus afectos y sabía por experiencia, que muy pocas personas iban a estar motivadas a hacerle arrumacos y carivias por el lomo.

Tampoco tenía mal aliento ni los dientes sucios. Para conservarse con un aliento decente, periódicamente comía una brizna de pasto y trataba de deglutirlo si masticarla. Con el pasto suele tener una especie de sisos en el revés de sus hojas, en lugar de salir fuera de su boca entraba cada vez más y más en ella produciéndole náuseas y vómitos, con lo que limpiaba su estómago mejor que con purga de brujo de Salas o de Huancabamba. Pero sobre la blancura y brillantez de sus dientes, hasta ahora desconozco qué cosa es lo que haría para lograr tal belleza. Sobre su hermosura corporal no habría mucho qué decir. Azrael siempre fue un gato shaflaco, desgarrado, marañoso, feo y marrulengo, aunque e sí extremadamente diestro para cazar ratas y ratones en el techo o donde éstos se aparecieran.

Pero... ¿por qué se llamó Azrael? Es sencillo. Por la ocurrencia de mi hija mayor y debido a que por esa época estaba de moda la serie de la televisión de “Los Pitufos”, con la Pitufina de actriz principal, el papá Pitufito como jefe del clan, y como el malo de la película el brujo Gárgame con su gato feo Azrael, como auxiliar de sus

maldades. Además de ellos, por cierto, entraban en escena otros personajes como Gruñón, Filósofo o Tontín que, por sus mismos nombres, sería fácil imaginar cuál era su rol en la serie...

## **“GABINO”**

Gabino llegó hasta este mundo con una estrella en la frente –no estrellado como un montón de gente– con mucha suerte y encima, con el pan bajo el sobaco. La familia donde la mamá de Gabino lo alumbró, era acomodada y tirando para “fo”, por eso, podría decirse que nació en cuna de oro como suele restregarlo a la cara de los que la aplauden “por un plato de lentejas”, una cínica y corrupta animadora de televisión, de cuyo nombre no vale la pena ni siquiera acordarse. Además, él no era el patito feo de la camada, sino el más bello ejemplar de los recién nacidos. Desde chiquito fue grande y gordito, y con una pelambreira que indicaba a primera vista, que entre sus progenitores posiblemente hubo alguien de la rancia alcurnia de angora.

En lugar de ser medio trompudito como el otro personaje de esta historia, Gabino era cabezón y con unos cachetes como para morderlos. De sobre tenía atributos suficientes para ser catalogado como un gato hermoso. No había nada que hacer. De voz melodiosa, sus maullidos eran música para los oídos y jamás hacía ni

siquiera el ademán de escupir a secas. Desde cuando llegó a este mundo había sido objeto de singulares atenciones y mimos no sólo de su madre, sino también de todos los habitantes de la casa, especialmente de la patrona y sus hijas que, de no ser porque la casa ya estaba llena de gatos, se habrían quedado con él para siempre.

Gabinno desde bebé, fue perfumado con los mejores aromas franceses y, su pelo, cepillado por lo menos dos veces al día. Pero como no se pudieron quedar con él, con la urgencia del caso tuvieron que buscarle un hogar digno de su abolengo y de sus antecedentes genéticos. De casualidad, más que con premeditación y alevosía, la patrona de la casa donde había nacido llegó a enterarse que su peinadora de siempre, quería un gato para su salón de belleza porque, para variar, en una ciudad serrana como Cajamarca, su local estaba ubicado en una vieja casona de la Beneficencia Pública que quedaba frente a la Capilla de La Dolorosa. Para remates, el tal salón de belleza era de techo de tejas, quedaba en segundo piso y, era un lugar donde las ratas y ratones que bajaban del techo como salamandras, habían comenzado a querer comerse las pelucas de pelo natural que confeccionaba íntegramente a mano, y que se vendían en el salón a precio casi de huevo... de avestruz.

Y... como la cliente quiere deshacerse de un lindo gatito y su peinadora desea tener uno que haga juego con su salón de belleza... un remate bien puesto al esmalte de

uñas, seguido de un arreglo de cabello, con avisaditas sobre las bondades del menjunje que le va a poner o sobre lo que le va a agregar a aquello para lograr un mejor resultado, la donación del gatito se sin mayores requisitos ni términos de referencia preestablecidos. Una vez realizada la adopción, la dueña del salón de belleza no hizo más que llamar por teléfono al banco donde trabajaba su marido y concertar con él, la hora para ir a recoger al nuevo integrante de la familia en el carro Toyota 1989 modelo “Corona” y nuevito que éste había comprado con una parte del préstamo para vivienda que ese banco le había otorgado, y que le estaba sobrando por haber avanzado la obra con su propio dinero.

En Toyota lincho y con olor a nuevo, toda la familia se trasladó a la casa donde tenían que recoger al lindo gatito. Una vez hecha la entrega en una cajita de cartón forrada en papel de regalo y acolchada con lanas de hacer ropones para bebé, Gabino fue sacado de un mar de estos hilos —en donde dormía con la placidez que sólo los gatos son capaces de lograr—, con un cuidado inaudito por la dueña del salón de belleza, para pasar de allí como apachurrito, de brazo en brazo entre sus hijas, de una cliente que se había colado en el viaje de recepción del gatito, hasta terminar de nuevo en los brazos de ella misma. Como de verdad el gato era lindo todos querían cariñarlo y mimarlo, afán irrefrenable que el papá tuvo que reglamentar con voz de mando, para no fomentar tumultos dentro de su carro.

Así llegó Gabino al salón de belleza que sería su hogar por un buen tiempo y como era de esperarse, allí siguió recibiendo tratamientos especiales incluso más refinados y más sofisticados de los que había sido objeto en su casa de origen. Le lavaban la pelambreira, por ejemplo, con el mejor champú, lo enjuagaban con agua caliente con una regadera especial, le volvían a echar acondicionador del cabello y, finalmente, después de darle un masaje deshumedecedor con una toalla blanquísima lo ponían a la secadora de cabello para completar el tratamiento, antes de perfumarlo con un vaporizador especial. Todo este ritual diario parecía que a Gabino le encantaba, porque jamás protestó ni reclamó nada. Más bien, en lugar de soportarlo estoicamente como era de esperarse, se diría que se regodeaba y gozaba en cuerpo y alma con todo aquello.

Gabino era un gato feliz, gordo y mimoso. Era suficiente que alguien comience a acariciarle el lomo o la gran cabezota que tenía, para que él se tire patas arriba para tratar de morder de mentiritas la mano que le acariciaba o para tratar de atraparla –siempre de mentiritas– con sus garras limadas y esmaltadas. No cabía duda, Gabino era un gato bien “fo” y además, debido a su rancio abolengo y sus genes, era hermoso por donde se lo mirara además de togado para comer, porque sólo comía miga de pan y carne, cuando ésta no daba trabajo para cashcarla del hueso o de ensuciarse los bigotes con grasa o con algún condimento. También comía pescado, pero fileteado y sin espinitas, o cuando se trataba de



alguna lata de filete de atún –el atún tipo grated le producía náusea– que él mismo tenía que observar que la abran, Gabino que iba a tomar sopa o algún calentado o lo que sobrara en su plato del día anterior, eso era una cosa que “sólo la chusma suele hacer”.

Así que en esa cuna de oro Gabino creció y echó caderas hasta convertirse en una tremendo gatazo, gordo y lleno de vida, el pelo brillante y sedoso, y un par de ojos verdes que se perdían en una pelambre que daba envidia. Pero comenzó a necesitar algo más que aquellas cosas que en su casa le brindaban. Era de presumirse que estaba requiriendo con urgencia inaudita de los favores de una gata, aunque sea flaca y marrulenga, porque se le dio por saltar hasta el techo y a caerse a propósito de espaldas, como queriendo rompérselas. No había duda, ya no era suficiente con darle filete de atún o carne deshuesada. Gabino quería algo más, porque maullaba lastimeramente mirando al techo de la Iglesia de San Francisco, que quedaba al frente y era el único techo que podía mirar desde una de las ventanas.

Salir al techo de la casa a tratar de emparentarse con alguna gata buscona era imposible. El cielo raso del salón de belleza y del resto de la casa no se comunicaba por ningún lado con el techo. Pero, eso incluso, no habría servido de nada, porque esa casa de la beneficencia era de dos pisos y el techo estaba demasiado alto para cualquier gato o gata que por allí quisiera aventurarse.

Sólo ratas y ratones es posible que hayan merodeado en ese techo, porque ellos se subían como salamandras por las paredes, pero gatos... naca la pirinaca.

A>sí estando las cosas, después de un consejo familiar en el que participó el mismo Gabino –pero sin voz ni voto– decidieron llevarlo a “vivir un tiempo” en la casa del Jirón El Inca, donde conocería a Azrael y donde, con él de maestro, podría solucionar más rápido que inmediatamente el problema derivado de su estado celibato obligatorio, al que estuvo confinado en el salón de belleza.

Dicho y hecho. Gabino fue dejado por toda la familia entre llantos y mil y una recomendaciones para que lo cuiden, en la casa donde vivía Azrael. El pobre Gabino al encontrarse en casa ajena, sin los cuidados a que estaba acostumbrado y encima, de huésped de un gato feo que en la primera encontrada casi le devana la respingada nariz de un feroz zarpazo, lo primero que se le ocurrió hacer fue subirse de un increíble salto, a una de las vigas del alar de la casa y permanecer allí con los pelos erizados por el miedo, no se sabe cuántos días. Cuando por fin decidió bajarse de la viga, después de asegurarse bien que Azrael no estaba en la casa, era un gato medio feo; pero, como el hambre no perdona, recuperó pronto su peso en pocos días comiendo lo que Azrael dejaba en su plato, cada vez que se subía al techo para echarse una cana al aire.

Pero... ¿y por qué le pusieron Gabino de nombre al lindo gatito? Muy simple. Por esos días llegó al salón de belleza la noticia de que la Municipalidad Provincial de Cajamarca, había decidido otorgar un reconocimiento especial por su labor docente, a un gran maestro de la Escuela Normal Superior que, por añadidura era cura, de origen español y que se llamaba de verdad Gabino Martín Hinojoza. Digo que así se llamaba “de verdad”, porque dichos personajes suelen tener, como aquellas que hacen el amor y no la guerra (para ganar plata), un nombre verdadero y otro de combate que, muchas veces, es completamente diferente al que dice su partida de nacimiento. En el caso de esta historia, el cura Gabino Martín se llamaba para efectos de ejercicio de su magisterio: Francisco de San Ildefonso.

## **AZRAEL & GABINO**

Después de tanto escapar de un solo salto a la viga, cada vez que Azrael hacía su aparición por la casa, Gabino había hecho ya una marca visible de sus patas en la pared y se había vuelto un experto en fugas estratégicas. Pero Azrael que era un gato techero se las sabía todas. Uno de esos días en los que, posiblemente no encontró gata dispuesta a hacer el amor con él, regresó a la casa sin hacer ningún ruido y a una hora inusual. Fue entonces que sorprendió en una situación

que su huida a la viga no iba a ser posible jamás. Después de revolcarlo por el jardín con un sadismo inusitado y, sobre todo con ventaja y alevosía, Azrael le mostró que también podía ser compasivo y amistoso. Sin saberse cómo, logró que Gabino se suba al techo de tejas de la casa. Ya en el techo, lo que llegamos a ver cuando se quedaron completamente en silencio fue algo inaudito. Azrael se estaba chifando al pobre Gabino al puro estilo gatuno.

La noticia del heterosexualismo de Azrael legó al salón de belleza “al término de la distancia”. La propietaria tan pronto se enteró de los detalles de la situación, negó cualquier parentesco que pudiera haber tenido con el pobre Gabino y manifestó solemnemente que no quería saber nada con él ni con nada que le haga recordar acerca de ese asunto, con lo que el gato hermosos nacido en cuna de oro quedó ni más ni menos como vive un paria.

Para rematar su precaria situación la ex dueña del Gabino tenía un hermano que estudiaba Ingeniería Civil en la Universidad Nacional de Cajamarca y que, para hacer menos sufribles las malas noches que pasaban él y sus compañeros de clase, “estudiando de sol a sol y de turbio en turbio” para aprobar el curso de Análisis Matemático, en el que ya habían sido desaprobados más de dos veces, por las madrugadas se dedicaban a cazar gatos para comerlos en un potaje por ellos bautizado como “seco de gato” –aunque les saliera el menjunje

más jugoso que un clásico estofado— que devoraban con papas sancochas de a sol el kilo.

Como todos en la vecindad conocían de esas andanzas, cuando el Gabino desapareció del panorama como por arte de magia y cautelando la vida de mi buen Azrael, una vez que llegó hasta la casa del Jirón El Inca le dije:

– Oye Chinito, mi oreja que al Gabino ya se lo han papeado tú y los “Tatos” en alguna de estas madrugadas.

– Finalmente mi querido Miflin —así solían llamarme por cabezón— eso sería lo mejor que podría ocurrirle a un gato “piro” como el Gabino. Además, no es mala idea eso de comernos al Gabino, porque el bandido está bien gordito...

– Ya fue... ya fue... ¿no es cierto?

– Mejor ya no hagas olas que la mar está tranquila...

Como sin ser ésta una declaración explícita de no haber ocurrido aquello que ya temíamos y, sobre todo, pensando que de ocurrirle lo mismo a Azrael la casa se quedaría sin el mejor cazador de ratas y ratones que habíamos tenido en toda nuestra existencia, le dije al Chino como quien pide un favor especial:

– Ni se les ocurra comerse al Azrael. No es buena idea, porque el pobre es flaco, desgarrado y encima está

viejo. No creo que salga ningún buen potaje del pobre animalito...

– Tranquilo Miflin, con la familia yo no me meto – contestó el Chino come gato con su parsimonia pícara tan característica en él–.

Y se fue sabe Dios a dónde sin vlear la cabeza, al parecer silbando alguna tonada de “Los Gatos”, cantantes que por esa época estaban de moda...

La primera edición de:  
***La Marcha del Shaplinco***  
***... y algunos otros más***  
del autor  
*Wilson Izquierdo González,*  
se terminó de imprimir  
en la ciudad de Lima,  
Perú, el año 2006,  
en los talleres gráficos  
de la imprenta  
FIMART S.A.C.